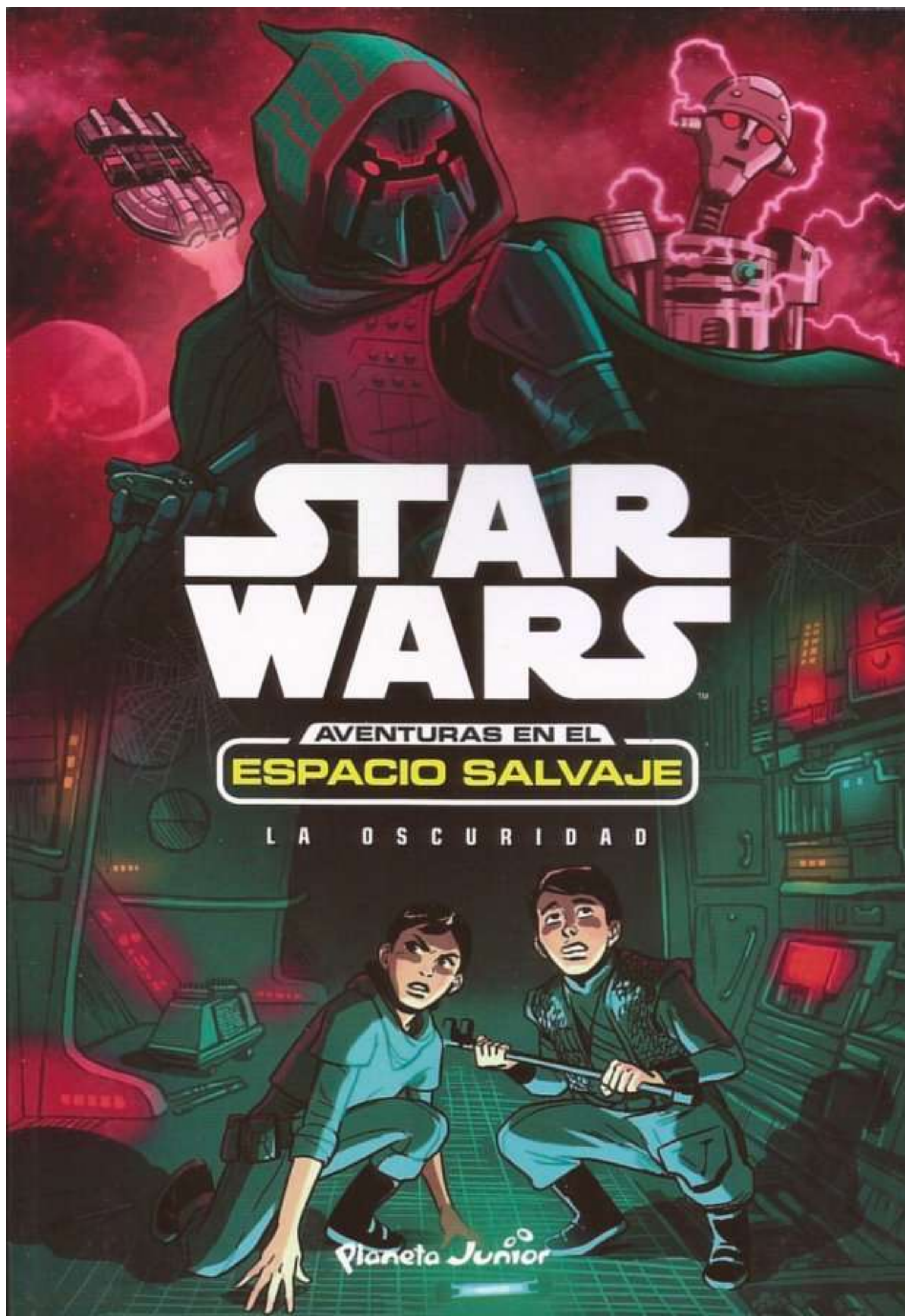

STAR WARS
AVENTURAS EN EL
ESPACIO SALVAJE
LA OSCURIDAD
Planeta Junior

Milo y Lina van a la deriva en una nave que se cae a trozos, en compañía de un peligroso criminal y con el Imperio pisándoles los talones. Por si fuera poco, algo terrible los acecha desde la oscuridad.

STAR WARS

AVENTURAS EN EL ESPACIO SALVAJE

Libro 5

La oscuridad

Tom Huddleston



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

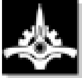
Título original: *Adventures in Wild Space: The Dark*

Autor: Tom Huddleston

Arte de portada: David M. Buisán

Ilustraciones: David M. Buisán

Publicación del original: junio 2016

unos 18 años antes de la batalla de Yavin

Digitalización: Bodo-Baas

Revisión: holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

09.11.17

Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy muy lejana…

AVENTURAS EN EL ESPACIO SALVAJE

L A O S C U R I D A D

Son tiempos de oscuridad. Con el fin de las Guerras Clon y la destrucción de la Orden Jedi, el malvado Emperador Palpatine domina la galaxia sin oposición.

Después de que sus padres fueran capturados por el desalmado capitán imperial Korda, los jóvenes exploradores Lina y Milo Graf se disponen a encontrarlos. Para ayudarlos en su búsqueda, contactaron con los agentes rebeldes Mira y Ephraim Bridger en el tranquilo planeta Lothal.

Pero antes de que pudieran salir del planeta, Lina, Milo y su leal droide CR-8R fueron traicionados y encarcelados por la cazarrecompensas Shalla Mondatha, también conocida como Shade. Esta pretende llevarlos de vuelta con Horda, y cobrar su recompensa…

CAPÍTULO 1

PRISIONEROS

Si se ponía de puntillas, Milo Graf podía mirar a través de la única ventana que había en su estrecha celda. Aunque sólo podía ver una gran superficie verde con algunas partes blancas. En el centro había una mancha negra que se hacía más y más pequeña a medida que el *Festín Móvil* se elevaba hacia la atmósfera superior.

Ese pequeño punto era Ciudad Capital, el bullicioso centro del planeta Lothal. Y lo estaban dejando atrás. Dejando atrás su nave, el *Ave Susurro*, abandonada en una vieja pista de aterrizaje, a la espera de ser reparada. Dejando atrás al querido mono-lagarto kowakiano de Milo, Morq, que nunca había pasado un día sin su amo desde que salió del huevo.

Y dejando atrás a sus nuevos amigos, Mira y Ephraim Bridger, que habían ayudado a Milo y a su hermana cuando éstos más lo necesitaban. Los Bridger eran los únicos que podían ayudar a los niños Graf a encontrar a sus padres, así que también dejaban atrás esa esperanza.

—Los veremos de nuevo —dijo Lina, pasando un brazo por los hombros de su hermano en actitud protectora—. Sé que los veremos.

—No, no lo sabes —contestó Milo en voz baja. Ahora podía ver la curvatura del planeta y la luz de Lothal dio paso a la oscuridad del espacio—. Pero gracias por intentar que me sienta mejor.

Se volvió hacia ella y le ofreció su mejor sonrisa. Lina le revolvió el pelo.

—Lo que necesitamos es algún plan —dijo ella—. Tiene que haber alguna forma de salir de aquí. Un carguero como éste no está diseñado para retener prisioneros. Shade debe de haber adaptado una de las bodegas de carga, así que a lo mejor se le ha pasado algo.

Se dio la vuelta, inspeccionando la celda. Tres de las paredes eran de duramantio y en ellas sólo había una pequeña ventana. La cuarta era una reja de barrotes, cada uno del grosor de un brazo de Milo, además de una resistente puerta asegurada con una aparatosa cerradura electrónica. Más allá se veía un pasillo con tres celdas a cada lado.

Lina señaló hacia fuera.

—Ahí hay un panel de control, junto a esa puerta —dijo—. Tal vez podríamos lanzar algo para intentar golpearlo. Quítate un zapato.

—¿Por qué yo? —preguntó Milo—. ¿Por qué no te quitas tú uno de los tuyos?

—Vale, uno de los míos —contestó Lina, agachándose—. Si le doy al panel, puede que desactive el cierre.

Milo la miró dubitativo.

—La capitana Mondatha…, quiero decir, Shade, puede ser malvada, pero no es tan tonta: No creo que ponga los controles de las celdas justo donde cualquiera puede alcanzarlos.

—Bueno, pero vale la pena intentarlo —replicó Lina, inclinándose entre los barrotes e intentando apuntar—. A lo mejor no espera que probemos algo como esto, porque sólo somos niños. O quizá sí sea tonta…

—Ya descubriréis que no lo soy —dijo una voz femenina que llegó desde algún lado del pasillo vacío.

Milo reconoció el tono frío de la cazarrecompensas que los había traicionado en Lothal.

—Lánzalo si os queréis quedar a oscuras —añadió la mujer—. Ése es el interruptor dé la luz.

Shalla Mondatha, o Shade, como prefería que la llamasen, había sido contratada por el capitán Korda, el oficial imperial que había capturado a los padres de Lina y Milo. Ahora también iba tras los niños Graf, desesperado por atrapar a su droide, CR-8R, y los mapas que tenía en su base de datos. Mapas del Espacio Salvaje, y de otros muchos mundos que los Graf habían estado explorando durante toda su vida. Lo que quería hacer con los mapas sólo lo sabía Korda, pero Milo y Lina no iban a permitir que cayeran en sus manos.

—¿Adónde nos llevas? —preguntó Lina, sin tener muy claro hacia dónde dirigir su mirada de odio.

—Con Korda, por supuesto —respondió la voz—. Sólo tengo que hacer un pequeño recado, después le haré saber dónde tiene que recogeros. Al droide también.

—¿Dónde está CR-8R? —preguntó Milo—. ¿Qué has hecho con él?

—Oh, está intacto —respondió Shade—. Mira.

La pesada puerta al final del pasillo se abrió y una figura familiar entró flotando. CR-8R se acercó a ellos, impulsado por sus repulsores. Sus dorados ojos se iluminaron cuando vio a los niños.

—Oh, señorita Lina, señor Milo —dijo el droide, preocupado—. Estoy encantado de ver que ambos están a salvo y…

—Silencio —le espetó Shade. La voz de CR-8R se detuvo de repente—. ¿Lo veis? Puedo hacer con él lo que me dé la gana.

Lina estiró la mano y cogió la de CR-8R.

—Un cerrojo de seguridad —dijo, al ver el dispositivo metálico alrededor del cuello del droide—. Oh, Cráter. Lo siento.

CR-8R la miró impotente y Milo supo que mientras aquel dispositivo estuviera allí, el droide no podría hacer nada para ayudarlos.

—Como veis, los tres estáis bajo mi control —los interrumpió Shade—. Comportaos y todo acabará pronto.

—¡Suéltanos! —gritó Lina perdiendo los nervios—. Pagarás por esto, te lo prometo.

—No, no —dijo Shade fríamente—. Alguien me va a pagar por esto, que es muy diferente. —A través de los altavoces oyeron el sonido de una alarma—. Bien. Ya están aquí.

Los altavoces se apagaron. Lina meneó la cabeza con rencor.

—No se culpe, señorita Lina —dijo CR-8R—. Si le sirve de consuelo, también me engañó a mí. Parecía muy amable,

—Bueno, ésta es la última vez que confiamos en un extraño —suspiró la niña—. Ven, déjame echarle un vistazo a ese dispositivo.

Milo se volvió hacia la ventana. Lothal ya estaba muy lejos, un disco verde en medio de un manto de estrellas brillantes.

Entonces, de repente, vio que una de las estrellas se estaba moviendo. Había una nave allí fuera, iluminada por el sol de Lothal, acercándose a ellos.

—Viene alguien —le dijo a su hermana.

Lina miró también por la ventana. La pequeña luz se había convertido en una nave cuadrada, de un color grisáceo y con dos alas cortas dirigidas hacia abajo. Junto a la cabina había dos cañones láser.

—Un transportador de tropas imperial —observó Lina.



La nave plegó las alas mientras giraba sobre el *Festín Móvil*. Milo pudo ver que tenía unos sistemas de acople por toda la base.

—¿Es Korda? —preguntó, sintiendo cómo los nervios se apoderaban de su estómago—. ¿Ha venido a buscarnos?

Se oyó un ruido sordo cuando el transporte se detuvo sobre la nave. Las paredes de la celda se estremecieron.

—No lo sé —dijo Lina—. Y no quiero descubrirlo. Cráter, ven aquí. Si pudiera quitarle ese dispositivo, quizá tendríamos alguna posibilidad.

Se estiró entre los barrotes, agarrando el collar colocado alrededor del cuello de CR-8R. Tiró tan fuerte como pudo, clavando las uñas. Milo oyó un chasquido, acompañado de un destello de luz.

Lina se alejó de un salto.

—¡Ay! —dijo—. Eso duele.

—Me temo que el dispositivo de retención ha sido dotado con cargas eléctricas para evitar su manipulación —explicó CR-8R.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —exclamó Lina furiosa.

—La capitana Mondatha me ordenó que no lo hiciera —dijo CR-8R—. Pensó que sería divertido.

—Y lo ha sido.

Shade entró por la puerta abierta, mostrándoles una leve sonrisa. Llevaba una toga verde que le llegaba hasta los tobillos y los talones de sus botas resonaban en el suelo metálico.

—De verdad, chica, ¿por qué clase de tonta me tomas?

—Por la clase de tonta que captura niños y hace negocios con el Imperio —le gritó Lina—. Korda te matará sólo por habernos visto.

—Que lo intente —replicó la cazarrecompensas—. No sería el primero. Pero eso más tarde. Ahora, vamos a darles la bienvenida a nuestros invitados.

A Milo se le aceleró el corazón cuando un par de soldados imperiales entraron con paso firme por la puerta. Sus armaduras brillaban y sus cascos giraban a izquierda y derecha mientras sus ojos escudriñaban las celdas.

—Has dicho que no ibas a llevarnos con él enseguida —protestó Milo—. Has dicho que…

—Cállate —le espetó Shade—. Vienen a traer, no a llevarse. No todo gira a vuestro alrededor.

Mientras hablaba, Milo se percató de que cada uno de los soldados tenía una larga cadena de metal alrededor del puño. Uno de ellos dio un tirón y un alienígena tropezó al cruzar la puerta y a punto estuvo de caerse al suelo. Milo lo identificó de inmediato como un lasat, una especie de humanoide grande, procedente del planeta Lasan, del Borde Exterior, de ancho pecho y brazos musculosos. Levantó la cabeza calva y Milo pudo ver su rostro lleno de cicatrices, desde pequeñas picaduras hasta profundos cortes en la piel. Sus ojos quedaban ensombrecidos por su abultada frente.

Un hombre humano iba detrás de él, encadenado por las muñecas y los tobillos, como el primero. Eralo contrario de su compañero, pálido y flaco, con un mechón pelirrojo tieso sobre su cabeza. El joven le hizo un guiño amistoso a Milo, tenía los ojos verdes y brillantes.



Los soldados saludaron con un movimiento de cabeza a la capitana Mondatha.

—El pago cuando lleguen a Noctu, como acordamos —dijo uno.

—Siempre y cuando estén de una pieza —apuntó el otro.

—No me darán ningún problema —les aseguró Shade, señalando hacia una gran celda, al otro lado del pasillo—. Podéis poner al grande ahí. El otro puede quedarse aquí.

Uno de los soldados metió al pelirrojo en la celda de enfrente de la de Milo y Lina y cerró la puerta tras él. Shade tecleó un código y la cerradura se bloqueó.

—Eh, ¿en qué están metidos estos dos? —preguntó el prisionero, señalando a los niños Graf.

Shade frunció el cejo.

—Les estoy enseñando lo que pasa si no se comen la verdura.

El lasat avanzó por el pasillo, ignorando a

Milo y a Lina al pasar. El soldado tiró de la cadena y el prisionero tropezó de nuevo y soltó un gruñido.

—Ya te he dicho lo que pasaría si volvías a hacer eso —dijo el alienígena lleno de cicatrices, con una voz que sonaba como una avalancha de

—Cállate, escoria —replicó el soldado, dando otro tirón a la cadena.

El lasat se tambaleó de nuevo. Pero, en lugar de caer, se abalanzó sobre el soldado, empujándolo hacia delante. Éste impactó contra la puerta de la celda con un fuerte crujido y rebotó hacia el enorme prisionero, que lo rodeó con los brazos y empezó a apretar.

El otro soldado de asalto pasó junto a Shade, agarró al alienígena e intentó apartarlo de su compañero, pero el preso sacudió uno de sus enormes brazos para golpearlo. Milo y Lina retrocedieron cuando el soldado se estrelló contra los barrotes de su celda y cayó al suelo con estrépito.

Shade dio un paso hacia delante mientras sacaba algo de su cinturón, un palo de duramantio casi tan largo como su brazo. Pulsó un botón y un flujo de energía azul recorrió todo el bastón.

Golpeó suavemente al convicto en la nuca con la punta del palo. Se produjo un leve destello y el lasat se desplomó, inconsciente antes incluso de llegar al suelo.

El soldado se liberó del enorme cuerpo del alienígena, hizo rodar al gigante hasta el interior de su celda y cerró la puerta.

Shade introdujo el código de bloqueo.

—Parece que necesitaban ayuda. No se preocupen, no les cobraré un extra por esto.

—Nos las podríamos haber arreglado —refunfuñó el soldado.

Su compañero se estaba poniendo en pie, sacudiéndose el polvo de la armadura.

—Claro que podrían —asintió la cazarrecompensas educadamente—. Ahora, por favor, dejen que los escolte hasta su nave. Droide, conmigo.

Mientras la puerta se cerraba tras ellos, Milo oyó un ruidito. El prisionero más joven estaba sentado en el suelo de la celda de enfrente, balanceándose hacia delante y hacia atrás, llorando de risa.

—¿Lo habéis visto? —preguntó, dándose palmadas en las piernas—. Precioso. Simplemente precioso. Este Davin no es muy encantador, pero tiene sus momentos.

Milo echó un vistazo a la figura tendida en la celda de al lado. El pecho del alienígena subía y bajaba, mientras sus ronquidos rebotaban en las paredes de acero.

—Entonces, ¿en qué estáis metidos realmente? —preguntó el preso pelirrojo cuando dejó de reír.

Lina le lanzó una mirada recelosa.

—Eso es cosa nuestra —dijo.

El hombre levantó las manos.

—Por supuesto —contestó—. Es sólo que me extraña que seáis tan jóvenes. Pero seguro que el Imperio tiene sus razones. Siempre las tiene, ¿no? —Guiñó un ojo de nuevo.

—¿El soldado ha dicho que vamos a Noctu? —preguntó Milo.

El hombre asintió.

—Seguro —dijo—. Directos a las minas de asteroides. Y ya sabéis que nadie ha salido de allí… Aunque es por mi culpa. No tendría que haber dejado que me cogieran. Hablo demasiado, ése es mi defecto. —Negó con la cabeza con tristeza—. Me llamo Stel,

por cierto. Y ese pedazo de carne de allí es Davin. Pero en realidad no necesitáis saber eso, porque no os hablará, y si sois listos, tampoco le hablaréis vosotros.

—¿Es… peligroso? —preguntó Milo.

Stel soltó una carcajada.

—¿Peligroso? ¿Davin? —resopló—. ¿Nunca habéis oído hablar del Carnicero de Brentaal IV?

Milo negó con la cabeza.

—Lo atraparon la semana pasada —explicó Stel—. Ha estado huyendo durante años, burlándose de sus perseguidores. Aunque al final lo han cogido. Pero, escuchad, no mencionéis nada de esto cuando se despierte, ¿vale? Es un poco susceptible, por si no lo habíais notado.

Milo negó con la cabeza rápidamente, observando cómo el hombre se tumbaba, apoyaba la cabeza en la pared y cerraba los ojos.

—Parece simpático —le susurró a Lina—. A lo mejor…

—No lo digas —lo interrumpió ella—. Esta vez vamos a solucionar las cosas por nuestra cuenta.

CAPÍTULO 2

A LA DERIVA

—¿Se callará alguna vez? —susurró Milo, mientras la voz de Stel sonaba por toda la zona de celdas,

—Bueno, a veces se duerme —le recordó Lina.

Tenía que admitirlo, su hermano tenía razón. No sabía cuánto hacía que habían traído a los dos prisioneros, pero Stel había estado hablando durante casi todo el tiempo.

Habían oído cómo la nave imperial despegaba y poco después Lina había notado un balanceo familiar que indicaba que el *Festín Móvil* había, saltado al hiperespacio. Stel se había quedado dormido y pronto los dos hermanos hicieron lo mismo, acurrucándose juntos sobre el duro suelo de metal. Lina se despertó al notar cómo Milo la agarraba del brazo y se lo apretaba de una forma casi dolorosa, mientras murmuraba y sé removía en sueños. Por un momento pensó que estaban de vuelta en el *Ave Susurro*, en la pequeña cama que habían compartido durante los largos viajes cuando eran pequeños.

Pero cuando se sentó y abrió los ojos, todo le vino de nuevo. La estrecha celda, los resistentes barrotes, la penetrante luz. Y lo peor de todo, un par de ojos que la escudriñaban, inquebrantables y duros. Davin se puso de cuclillas con las piernas encogidas. Lina iba a saludarlo con la mano, pero el lasat había agachado la cabeza.

Stel se despertó un poco más tarde, y después de saludar a su compañero con una alegre sonrisa empezó a hablar, y desde entonces no había parado. Les había contado su infancia en Lothal, cómo había crecido en la tienda de reparaciones de su tío y allí había aprendido todo lo que sabía de naves, antes de ir a la Academia, donde estudió la República, el Imperio y el resto de temas.

—Si necesitas respuesta a cualquier pregunta, importante o insignificante, pregúntale al viejo Stel —decía—. Exobiología, mantenimiento de motores, el mejor sitio para beber en el puerto espacial de Mos Eisley, lo que quieras, tú sólo pregunta.

—¿Cómo salimos de aquí? —dijo Lina medio en broma.

Stel la miró y por un breve momento se quedó en silencio. Luego se dio una palmada en la pierna y se echó a reír.

—Me has pillado, hermana —exclamó—. Ésa no me la sé.

—Entonces, ¿cuándo va a darnos de comer? —preguntó Milo.

De nuevo Stel parecía perplejo.

—Ésa es buena también —admitió—. Han pasado horas, ¿no? Y nada aparte de una taza de agua. —Sacó la pequeña taza de hojalata y la lanzó a un lado—. El droide ha dicho que vendría enseguida y no lo ha hecho. Tomad, coged esto de momento.

Lanzó algo entre los barrotes, que aterrizó en el regazo de Milo. Era comida en barra, fabricada por el Imperio.

—¿Dónde has conseguido esto? —inquirió Lina con recelo.

—De uno de esos soldados de asalto de la otra nave —contestó Stel—. Puedo ser bastante simpático cuando quiero.

—¿No tienes hambre? —le preguntó Milo.

—Por supuesto —dijo Stel encogiéndose de hombros—. Pero puedo esperar. Vosotros tenéis que crecer.

—Gracias —contestó Lina, al tiempo que Milo abría la barra y le daba un mordisco—. Eres muy amable.

Estuvo apunto de sonreírle amistosamente, pero se paró a tiempo. No podían confiar en nadie. No importaba lo simpático que pudiera parecer.

Pensó en la última vez que CR-8R había aparecido por la puerta. Fue como Stel había dicho: el droide les había dado a cada uno una taza llena de agua rancia y Milo le había preguntado cuándo iban a comer. CR-8R le había prometido volver en cuanto le hubiera servido a su señora, pero no lo había hecho.

Lina estaba preocupada. CR-8R nunca los abandonaría, y sabía que debían de estar hambrientos. Pero no tenía control sobre su propio cuerpo. Quizá quisiera volver, pero Shade no se lo permitía.

—Entonces, ¿qué pasa con esa cazarrecompensas? —preguntó Stel, apoyando la cara entre los barrotes—. ¿La conocéis desde hace mucho?

—No mucho —dijo Milo—. Parecía buena al principio, y de repente nos atrapó.

Lina le lanzó una severa mirada para que no dijera nada más.

—Así es como trabaja esta clase de mercenarios —corroboró Stel—. Parecen simpáticos y, de repente, pam. Te han capturado por algo que ni siquiera has hecho. Esta vez…

Se oyó un ruido procedente del interior de la nave y las luces del techo parpadearon. Stel se calló de repente, mirando a su alrededor con nerviosismo. Davin estaba sentado, con los ojos brillantes.

El sonido se oyó de nuevo y se quedaron a oscuras. Lina colocó a su hermano detrás de ella y miró fijamente el pasillo. Pero la oscuridad sólo duró unos segundos antes de que las luces parpadearan y se encendieran de nuevo, con menor intensidad que antes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Milo.

—Hemos salido del hiperespacio —les explicó Stel.

La nave se tambaleó bajo sus pies y Lina estuvo a punto de perder el equilibrio, hasta que pudo agarrarse a los barrotes.

—Vamos a la deriva —dijo, mientras crecía su ansiedad—. ¿Dónde está CR-8R?

La interrumpió un golpe ensordecedor que llegó de fuera de la celda. Davin estaba de pie, con su taza en la mano, y la usó para golpear los barrotes con todas sus fuerzas. La puerta de metal se estremeció, pero se mantuvo firme. Aunque la taza se abolló, Davin golpeó los barrotes de nuevo, protegiéndose los puños con la taza. El ruido de metal contra metal rebotaba por las paredes de la prisión.

—Bueno, al menos alguien tiene un plan —comentó Stel, pero Lina podía notar en su voz un tono de incomodidad. Ya tenían bastantes problemas como para que se soltara el monstruo.

—*¡Alto, prisioneros!* —gritó una voz aguda, seguida de una luz azul que iluminó la sala—. *¡Cualquier intento de escapar será neutralizado con violencia!*

Junto a la celda de Davin apareció una figura. Era Shade, o al menos un holograma de ella, proyectado por un pequeño cristal en el suelo. Estaba delimitada por líneas azules y tenía una mano levantada. Pero la imagen se veía borrosa y producía ondulaciones, como un reflejo en agua agitada.



Davin negó con la cabeza y golpeó de nuevo los barrotes.

—*¡Te lo he advertido!* —rugió el holograma.

Entonces, un rayo de energía salió disparado desde el proyector y estuvo a punto de darle a Davin. El proyectil rebotó en la pared y se dirigió hacia el holograma, que desapareció. El alienígena siguió golpeando.

—Qué gran sistema de seguridad —dijo Stel con sarcasmo—. Muy muy eficaz.

—Es como si toda la nave hubiese sufrido daños —apuntó Lina—. Las luces, los motores. Pero ¿dónde está Shade?

—Quizá intentando arreglarlo —sugirió Milo.

—O a lo mejor está fuera de juego —apuntó Stel sombrío—. A lo mejor le ha pasado algo. O está enferma. Tal vez estemos en una nave a la deriva, a años luz de distancia de cualquier parte, y lo único que encontrarán dentro de cientos de años serán cuatro esqueletos encerrados en estas malditas celdas. —Golpeó los barrotes con frustración.

—No digas eso —dijo Lina—. No ayudas. Además, tenemos una oportunidad. Si todos los sistemas han dejado de funcionar, eso podría significar que…

—¡Cráter! —gritó Milo, y Lina se volvió al ver que la puerta de la sala se abría y el robot entraba flotando.

—¡Cráter! —lo llamó—. ¡Estás bien!

El droide se dirigió hacia ellos, palmeándose la frente metálica con la mano.

—Y ustedes también —dijo—. Durante todo mi cautiverio he estado preocupado por su seguridad.

—¿Cautiverio dónde, Cráter? —le preguntó Milo—. ¿Qué está pasando?

—No estoy seguro —admitió el droide—. Después de llevarle a la capitana su comida, me ha ordenado que me encerrara en un armario de mantenimiento hasta que me llamara. He intentado negarme, señor Milo, de verdad que lo he intentado. Ya sé el mal genio que tiene usted cuando está hambriento.

Stel soltó una carcajada y Milo se sonrojó.

—Pero no tenía alternativa —insistió CR-8R—. De todas formas, un poco más tarde he visto que las luces se apagaban y he notado que empezábamos a ir a la deriva. Entonces me he percatado de que el dispositivo de control ya no funcionaba. He salido del armario, pero no había rastro de la capitana Mondatha. Y he decidido que tenía que comprobar que ustedes estuvieran bien antes de buscar la fuente del problema. Además, está muy oscuro ahí fuera.

—Bien hecho, Cráter —dijo Lina—. ¿Puedes sacarnos de aquí?

—Enseguida —dijo CR-8R, mientras tecleaba el código en la pantalla.

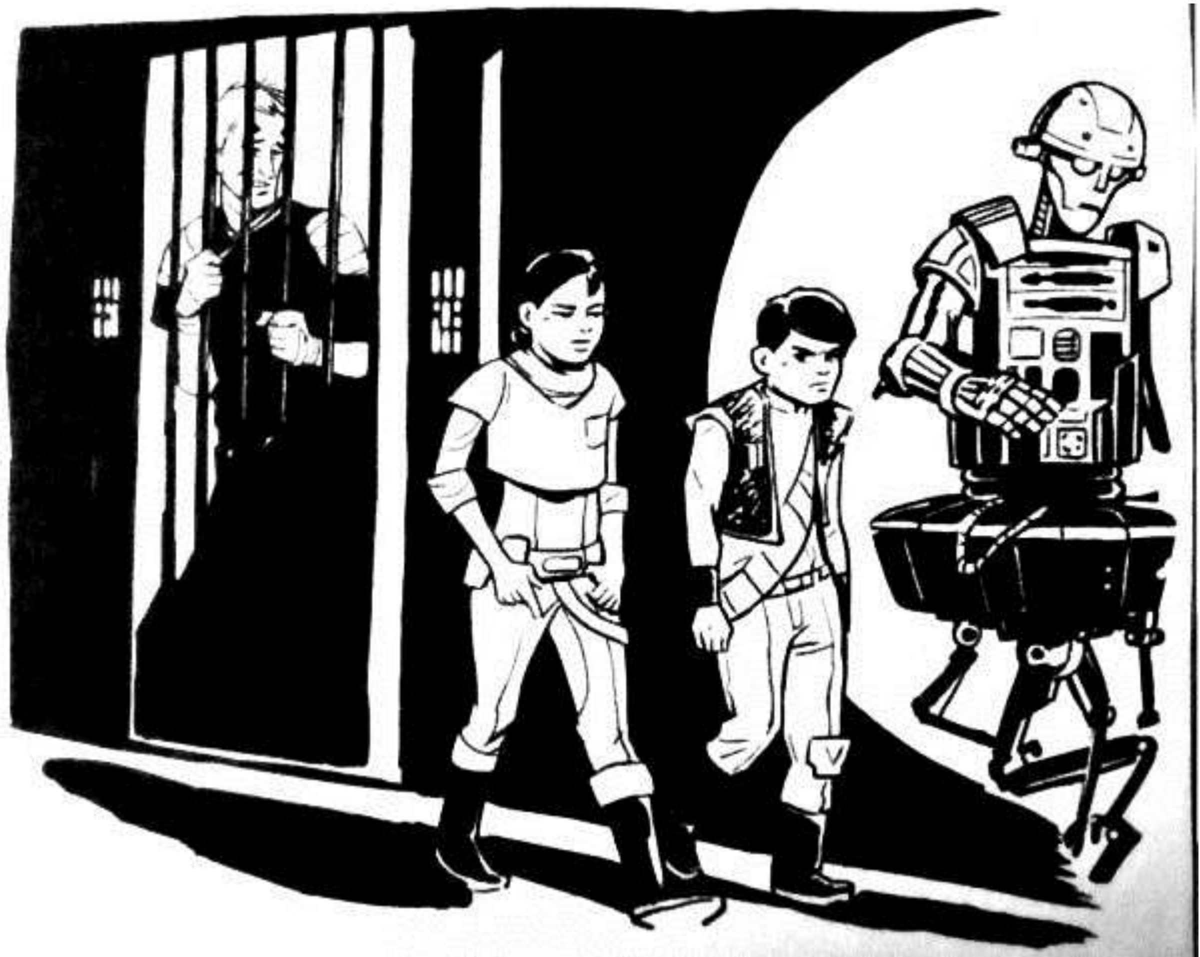
La puerta de la celda se abrió.

—Tengo que decir que nunca me había sentido tan contento de ver a un droide —intervino Stel, sonriendo entre los barrotes de su celda—. Ahora sacadme de aquí y podremos ir a ver qué está pasando con la nave.

CR-8R miró a Lina, que se mordió el labio. Luego, lentamente la niña negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo—, pero no os conocemos. Te informaré de lo que pasa en cuanto lo descubramos.

Stel agachó la cabeza.



—¿Me vais a dejar aquí? ¿Con eso?

Hizo una señal hacia Davin, que había parado de golpear y los estaba mirando intensamente.

—No deberías dejar que salga —dijo de repente el lasat, con los ojos fijos en Lina.

Ella lo miró sorprendida. ¿Había sido una advertencia o una amenaza? ¿Davin sabía más de lo que decía? Pero el gigante se limitó a darse la vuelta.

La niña se separó del grupo y se volvió de nuevo hacia Stel.

—Lo siento de verdad —le dijo—. Hemos tenido algunas malas experiencias con extraños últimamente.

Milo ya estaba esperando junto a la puerta. Tras él sólo había oscuridad.

—¡Os he dado una barra de comida! —protestó Stel—. Os he contado toda mi vida. ¡Pensaba que éramos amigos!

—Seguro que lo seremos —dijo ella disculpándose, mientras se reunía con su hermano—. Cuando todo esto haya acabado, te compensaremos. Te lo prometo. Ahora siéntate y espera.

—¡No! —gritó Stel desesperado, antes de que la puerta se cerrara interrumpiendo sus gritos. La oscuridad se hizo más profunda y Lina soltó un largo suspiro. El aire del pasillo estaba quieto y frío.

—¿Volveremos a por él? —preguntó Milo.

—Por supuesto —contestó su hermana—. Pero primero subamos al puente.

Tras ellos oyeron un golpe y otro y otro.

«Davin —pensó Lina—. Espero que esos barrotes sean tan resistentes como parecen».

CAPÍTULO 3

EN LA OSCURIDAD

—Enciende tus luces, Cráter —sugirió Milo, mientras seguían al droide hacia la oscuridad.

Un brillo apagado surgió de la cabeza de CR-8R y una serie de luces rojas parpadeantes señaló los bordes de la pasarela. Pero aun así el pasillo seguía a oscuras.

—Me temo que mis energías se están agotando —les dijo el droide—. No he tenido ocasión de recargarme desde que estábamos en el *Ave Susurro*. No tenemos ni idea de cuánta energía hay en las células de la nave, o cuánto tiempo vamos a tardar en resolver esta situación. Odiaría dejar de funcionar justo cuando más me necesitan.

—Tienes razón, Cráter —contestó Lina—. Un poco de oscuridad nunca le ha hecho daño a nadie, ¿verdad?

—Supongo —dijo Milo inseguro. No le tenía miedo ala oscuridad, exactamente, pero tampoco le gustaba demasiado.

—Yo puedo ver bien con mis infrarrojos —dijo CR-8R—. Les guiaré.

Se oyó un repentino sonido metálico y Lina gritó. La cabeza de CR-8R se volvió hacia ella.

—Estoy bien —dijo la niña, con los dientes apretados—. Es que he pisado algo puntiagudo. Gracias por la advertencia, Cráter. No todos podemos flotar, ¿te acuerdas?

El droide miró hacia abajo.

—Parece una herramienta de algún tipo —dijo—. Lo siento, señorita Lina; procuraré fijarme más de ahora en adelante.

El droide siguió guiándolos y Milo se percató de que la vísta se le estaba empezando a acostumbrar a la oscuridad. Delante de ellos se alzaba una empinada escalera.

—Esta escalera conduce al muelle de carga —explicó CR-8R—. Al otro lado del mismo está el puente de mando.

—Y ahí es donde están las respuestas que necesitamos —dijo Lina.

Mientras subía, Milo intentó formarse una imagen mental del *Festín Móvil* a partir de lo que había visto en la pista de aterrizaje de Lothal. Era una nave grande, no tanto como un carguero imperial, pero mucho mayor que el *Ave Susurro*. Recordaba que el cuerpo central se alzaba considerablemente. También había visto la cabina, o al menos una hilera de ventanas en la parte de delante.

Sonó un chirrido metálico y la nave se inclinó alarmantemente. Milo se tambaleó junto a una barandilla y salió volando al vacío. Lina lo agarró, devolviéndolo al suelo.

—La gravedad artificial se está debilitando —comentó la niña, mientras la inclinación del *Festín Móvil* recuperaba la normalidad.

—¿Qué lo puede haber provocado? —preguntó Milo—. ¿Se han frito todos los sistemas de la nave a la vez?

—No lo sé —admitió Lina—. ¿Alguna clase de virus informático? ¿Un fallo en el sistema? No lo sabremos hasta que lleguemos al puente.

—Aquí está la puerta —dijo CR-8R, tecleando un código—. Tengan cuidado ahora. Sigan sólo la voz de mi…

—*¡No os mováis!* —gritó alguien y, de repente, un holograma azul apareció frente a ellos. Shade estaba en la puerta, con los brazos cruzados—. *Volved a las celdas de inmedi… edi… edi. ¡Os he advertido!*

CR-8R se detuvo, con la mirada fija en la cara del holograma.

—Oh, cállese —murmuró, antes de cruzar el umbral de la puerta. Su piel metálica se tornó azul cuando atravesó el holograma.

—*¡Alto!* —insistió éste—. *¡De inmediato! ¡Se tomarán medi… medi… medi…!*

Milo miró la severa y temblorosa figura. Había algo raro en el holograma, que no dejaba de parpadear. Su grabación tenía errores y repeticiones.

—Vamos, hermanito —le dijo Lina, dándole un suave empujón—. No nos va a hacer daño.

Milo dio un paso hacia delante y el holograma se volvió hacia él.

—*¡Detente!* —rugió—. *¡Os lo he advertí… erti… erti… erti…!*

La figura se retorció como si estuviera siendo electrocutada, gritando la misma sílaba una y otra vez. Su aguda voz rebotó en las paredes como una alarma. El sonido era estridente y Milo se vio obligado a taparse los oídos.

Lina se abrió paso apretando los dientes. Milo la siguió y pudo ver cajas amontonadas hasta el sombrío techo por todo el muelle de carga.

Entonces la puerta se cerró y el holograma se desvaneció; se hallaban sumidos en la más absoluta oscuridad.

—Bueno, eso ha sido increíblemente raro —dijo Lina, y Milo soltó una carcajada.

La oscuridad era absoluta. Lina se pasó una mano por delante de la cara, pero no pudo ver nada, incluso se dio un golpe en la nariz sin querer.

—Limítense a seguir mi voz —les aconsejó CR-8R—. No estamos lejos.

Milo tendió los brazos hacia delante para sentirse más seguro. El suelo bajo sus pies era de acero sólido, pero las paredes eran desiguales, todo pilas de cajas y contenedores.

—¿Qué hay en todas estas cajas, Cráter? —preguntó mientras se adentraban en la cada vez más densa oscuridad.

—La capitana Mondatha me dijo que no preguntara —contestó el droide—. Sospecho que, sea lo que sea, no es del todo legal.

—¿Especias de Sansanna? —preguntó Lina.

—No lo creo —dijo CR-8R—. En ese caso las oleríamos. Es algo más. He visto una palabra impresa en muchos de los contenedores. C-y-l-o —deletreó el droide.

—No sé qué significa —contestó Lina.

—Aquí hay una curva pronunciada —les advirtió CR-8R—. Así que vayan con… ¡oh!

Milo se quedó quieto.

—Cráter, ¿estás bien?

—Casi bien —respondió el droide—. Es que… No importa.

—¿Qué pasa, Cráter? —insistió Lina—. Si has visto algo raro, deberías decírnoslo. Sé que no quieres que nos asustemos, pero es mejor que sepamos exactamente lo que está pasando.

—No es importante —contestó CR-8R—. Me acabo de pinchar con algo, eso es todo.

—¿Y los infrarrojos? —preguntó Milo.

—No aparece en mis infrarrojos —explicó el droide cuando Milo y Lina llegaron donde estaba él—. Parece tener una especie de membrana. Es muy tenue, casi invisibles

Milo estiró el brazo. Al principio no notó nada, pero enseguida su mano topó con algo blando y un poco pegajoso que se le adhirió a los dedos. Milo los retiró, mientras la sustancia vibraba.

—Espera un momento, ¿no has hecho este camino hace un momento? —le preguntó Lina al droide—. ¿Cuando has venido a la celda?

—Entonces no estaba aquí —respondió CR-8R—. Eso es lo que me extraña. Pero seguro que no es nada. Sigan moviéndose. Quizá un poco más rápido.

El droide avanzó con la vibración de sus repulsores. Milo lo siguió, atento a cualquier chirrido o gemido a su alrededor.

Tras unos segundos, el eco de sus pasos se hizo mucho más intenso y Milo supo que había entrado en un espacio abierto. Hubo un breve destello de luz blanca y vio que estaban en el centro de un gran círculo de cajas.

Y cuando la luz desaparecióle pareció haber visto algo más: una forma diminuta en el suelo. Se estaba moviendo.

—La luz viene de abajo —dijo Lina mirando al suelo.

El destelló apareció de nuevo, unas repentinas chispas, y Milo vio que su hermana tenía razón. Al parecer, había un agujero en el suelo, a su izquierda. Era casi circular, de unos dos brazos de ancho aproximadamente e irregular en los bordes, como si algo hubiera arrancado el duramantio a mordiscos.

Lina y Milo se asomaron por el borde. La luz llegó de nuevo, eran chispas que salían de un cable pelado a un lado del agujero. En ese momento, Milo se dio cuenta de lo profundo que era el agujero, que llegaba hasta las entrañas de la nave. Y de nuevo percibió movimiento proveniente de diminutas figuras.



—¿Has visto eso? —le preguntó a Lina—. Ahí abajo hay algo.

—Lo he visto —dijo ella. Y levantó la voz—. ¡Cráter! Creo que tendrías que volver aquí. Necesitamos luz.

—¿Y qué pasa con sus baterías? —le recordó Milo.

—Esto es más importante —contestó su hermana—. Me parece demasiado raro, tenemos que lograr una me…

La nave se tambaleó de nuevo bajo sus pies y el suelo se inclinó de golpe. Lina perdió el equilibrio y Milo se apresuró a sujetarla de la camiseta. A su alrededor, pudieron oír cómo las cajas se volcaban y chocaban.

La nave volvió a temblar y, en el destello que vino después, Milo vio que Lina perdía el equilibrio.

—¡Milo! —gritó ella tambaleándose.

Su hermano trató de agarrarla de la camiseta de nuevo, pero el tejido se rompió y Lina cayó al agujero.

La nave se enderezó y la luz volvió a desaparecer. Lina ya no estaba.

—Señor Milo —dijo CR-8R apareciendo tras él—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está la señorita Lina?

—¡Se ha caído! —gritó Milo—. ¡Lina! Lina, ¿puedes oírme?

CR-8R encendió sus luces e inundó el agujero de luz. Milo oyó un sonido susurrante, como el de cientos de diminutos pies moviéndose allí abajo.

—¿Milo? —La voz de Lina sonaba distante y apagada, rebotando hasta donde estaban ellos—. Milo, ¿dónde estás?

—Estoy aquí —le respondió él, mirando hacia abajo.

—No puedo moverme —explicó Lina—. Milo, estoy atrapada. Y aquí abajo hay algo. Algo vivo.

—Tenemos que bajar —le dijo Milo a CR-8R—. ¿Puedes bajar flotando y rescatarla?

—Eso agotaría las baterías —contestó el droide—. Y no le dejaré solo. Sígame, hay una escalera por aquí.

—¡Ya vamos, Lina! —gritó Milo—. Aguanta.

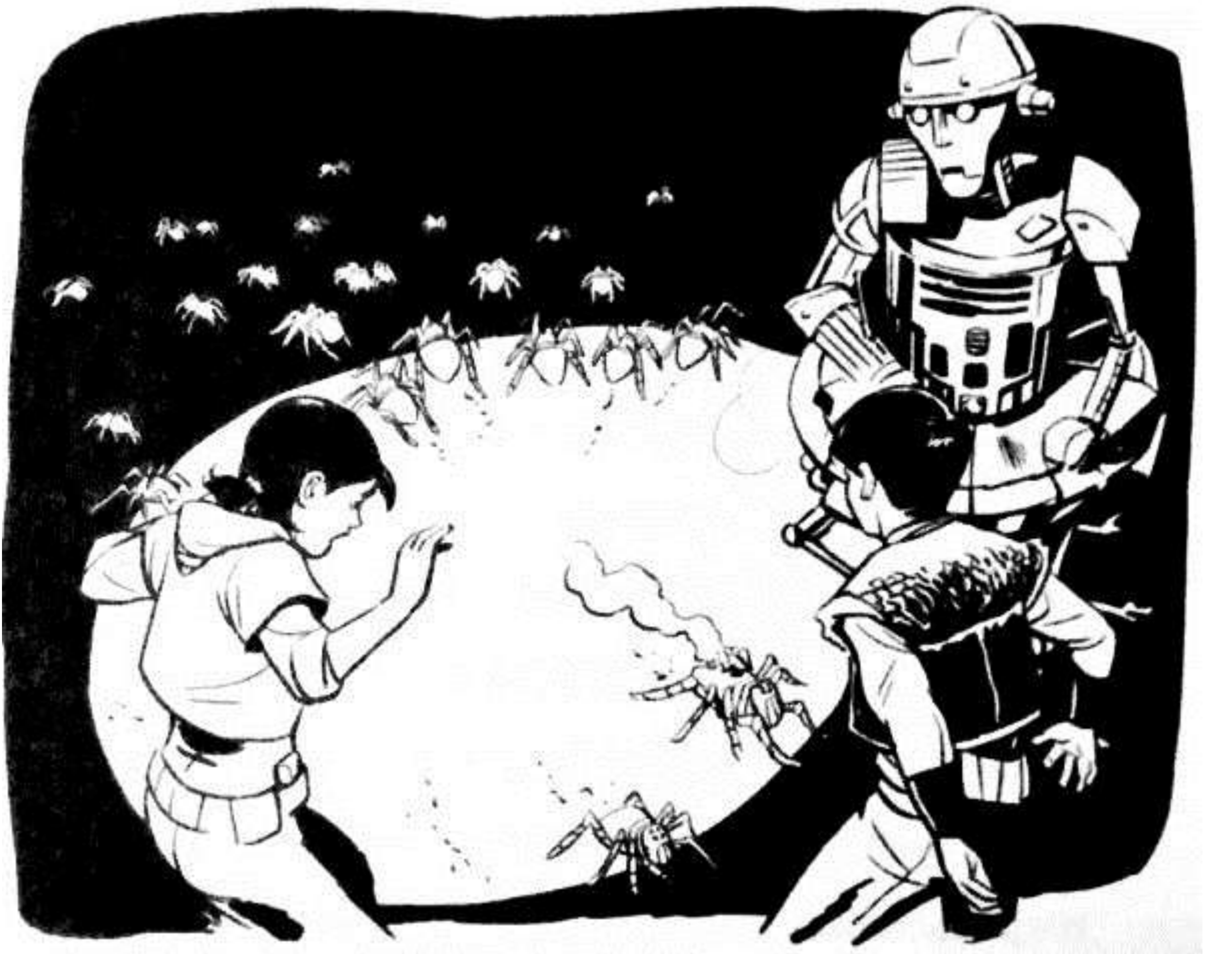
—Vale —dijo ella—. Pero daos prisa.

CR-8R mantuvo las luces encendidas, guiando a Milo entre las cajas hasta llegar a la pared de la nave. En esa pared había una oscura abertura y una sinuosa escalera que descendía.

CR-8R empezó a bajar, pero Milo era incapaz de moverse. Se quedó de pie en lo alto de la escalera, con el corazón acelerado.

Los recuerdos de una casa en la que habían vivido cuando estaban en Tharl inundaron su mente. Una antigua casa de madera que su padre había alquilado entre expediciones. A Milo le encantaba todo de aquel sitio, excepto el sótano. La escalera crujía, las luces nunca funcionaban y estaba lleno de bichos e insectos, telarañas y polvo. Solía plantarse en lo alto de la escalera e intentaba bajar, pero nunca pudo hacerlo.

Bueno, ahora era más mayor y más valiente. Y además Lina tenía problemas y no la abandonaría. Se tragó su miedo y empezó a bajar.



CAPÍTULO 4

El SÓTANO

Lina sintió cómo algo trepaba por su pierna. Intentó quedarse quieta, apretando los brazos contra el cuerpo. De todas formas, no podía ir demasiado lejos, estaba envuelta por algo suave y pegajoso que la mantenía tumbada en el aire, la misma sustancia que CR-8R había encontrado en la cubierta superior. Aquella cosa estaba por todas partes, como grandes redes pegadas alas paredes. Una de ellas se había roto con la caída, pero cuando intentó liberarse vio que estaba atrapada.

Las chispas volvieron a iluminar el agujero y lo que trepaba por su pierna se detuvo, pero al momento se volvió a mover. De repente se le unió otra, que comenzó a caminar por su pie y a subir silenciosamente por su pierna. Lina estiró el cuello, sintiendo la pegajosa sustancia que tenía pegada en el pelo.

Respiró hondo e intentó calmarse. Si se quedaba completamente quieta, quizá aquellas criaturas no le hicieran daño. Ya habían llegado a su estómago; sintió un tacto frío, casi metálico sobre su piel cuando pasaron por donde se le había roto la camiseta al caer.

Entonces el destello de luz volvió de nuevo y Lina tuvo que morderse la lengua para no gritar. Una de las criaturas estaba justo encima de ella, un cuerpo circular del tamaño de su mano. Tenía ocho patas brillantes como la plata. Los múltiples ojos negros reflejaban la luz que llegaba desde arriba.

Estaba colgada de un delgado hilo que descendía despacio pero directo hacia su rostro. Pudo ver cómo chasqueaba unas diminutas pinzas y percibió el sonido de unos engranajes microscópicos.

Y entonces la luz desapareció. Lina sintió una oleada de pánico al pensar que en cualquier momento la araña la tocaría y pasearía sus pequeñas patas por su cara. No podría resistirlo.

Sacudió su cabeza violentamente, intentando liberarse. Las otras arañas seguían trepando, tirando de su camiseta a medida que se acercaban. Podía sentir cómo la mayoría de ellas estaba en su pierna.

—¡Milo! —gritó aterrorizada—. ¿Dónde estás?

De repente, el espacio se inundó de luz. Era CR-8R, con sus focos a toda potencia. Milo lo seguía con los puños por delante.

Lina oyó un grito agudo y vio cómo la araña que estaba sobre ella retrocedía, retorcía las patas y recogía su hilo. La piel plateada de su espalda parecía hincharse al contacto con la luz y le pareció ver que le salía humo. Se desvaneció en las sombras, dejando un olor a metal chamuscado.

Las otras arañas también habían huido por las pequeñas grietas del suelo. Lina pataleó y luchó hasta que logró liberar un brazo.

CR-8R usó uno de sus apéndices inferiores para cortar las telarañas que colgaban de la cubierta, una pegajosa membrana que le impedía moverse. Milo lo siguió, esquivando los hilos colgantes.

Ya estaban junto a Lina, y Milo la cogió de la mano.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sólo atrapada —contestó ella—. ¿Habéis visto esas arañas? ¿Dónde están?

—No he visto nada —dijo Milo—. ¿Puedes soltarte?

Lina negó con la cabeza.

—Esto es muy pegajoso.

—Espere, señorita Lina —intervino CR-8R—. Voy a cortarlo.

Ella vio cómo su serpenteante brazo se acercaba, con la hoja del cuchillo cubierta de la sustancia blanca. Oyó el ruido de la cuchilla y cayó repentinamente, de espaldas contra el suelo.



—Oh, señorita Lina, ¡lo siento mucho! —se disculpó CR-8R—. Tendré más cuidado.

Ella liberó el otro brazo y empezó a quitarse de encima la telaraña. La camiseta y los pantalones le brillaban por la sustancia y su pelo era una maraña. Se puso en pie, golpeando y pataleando.

CR-8R pasó los focos por toda la habitación. La luz cruzó el bosque de telarañas hasta llegar a las paredes oscuras del fondo. Milo soltó un bufido.

—¿Qué ha pasado aquí?

Al otro lado de la habitación había una serie de tuberías y maquinaria, entre las que Lina pudo reconocer los conductos de refrigeración, los convertidores de energía y unos altos generadores. Pero todo estaba retorcido, como si algo hubiera masticado el metal y lo hubiera escupido luego. Todo estaba vaciado, agrietado y con sus tripas de acero esparcidas por el suelo. Y cubierto por la misma sustancia blanca y pegajosa.

—Bueno, al final sí había un fallo en el sistema —dijo Lina—. Un montón de insectos, al parecer. Y han estado ocupados.

—Es increíble —comentó Milo—. Se alimentan de energía y pueden atravesar el suelo de acero. Tienen que tener la piel metálica.

—¿Cíborgs? —preguntó CR-8R—. Pero ¿de dónde han salido?

Milo se encogió de hombros.

—¿Un envío? —preguntó.

—Tenemos que llegar al puente de mando —dijo Lina con firmeza—. Podemos echar un vistazo a los archivos de Shade y hacernos una idea de lo que llevaba.

—Pero esta vez mantón las luces encendidas, Cráter —añadió Milo—. Creo que les asusta la luz.

—Buen plan —asintió el droide—. Siempre y cuando mis baterías aguanten.

—Bueno, ¿a qué estamos esperando? —preguntó Lina—. En marcha.

Se apresuraron a subir la sinuosa escalera, mientras CR-8R mantenía sus luces enfocadas hacia Milo y Lina. A medida que subían, oyeron cómo las arañas volvían a la oscura cubierta, reclamando su territorio.

Llegaron arriba de la escalera, donde los esperaba un laberinto de cajas. Muchas de ellas se habían desparramado al fallar la gravedad y los tres tuvieron que escalar una montaña chirriante e inestable para alcanzar la puerta.

—Mirad —dijo Milo, señalando con el dedo.

Caído de lado sobre la pila, había un contenedor hecho de grandes placas de metal. Había sido forzado y el acero estaba retorcido hacia fuera, como si algo se hubiese liberado.

—Cylo —leyó Lina en uno de los costados.

Las luces de CR-8R enfocaron una pesada puerta en una pared curvada. Tecleó el código en una pantalla y la puerta se abrió.

Lina se asomó para escudriñar el puente. La única luz procedía del exterior de la nave; el lejano brillo del centro galáctico relucía como un pálido río en la oscuridad. Bajo

el ventanal había un gran panel de control y cuatro sillas. Pero los controles estaban apagados y la habitación sumida en un absoluto silencio.

Dio un paso hacia delante y se detuvo.

—¿Hola? —dijo levantando la voz—. Capitana Mondatha, ¿es usted?

Sentada en el asiento del piloto, de espaldas a ellos, había una oscura figura vestida con una toga.

CAPÍTULO 5

EN EL PUENTE

—¿Hola? —repitió Lina.

La cazarrecompensas no se movió, siguió sentada en la silla, con una mano en los controles.

Milo oyó que la puerta se cerraba tras ellos. Caminó hacia donde estaba Lina hasta que notó un crujido bajo sus pies. Miró hacia abajo. Algo gris y pegajoso asomaba bajo su zapato. Lo levantó y vio la forma aplastada de una araña. Su metálico cuerpo agrietado revelaba órganos viscosos.

Otra araña estaba justo delante, boca arriba, con las ocho patas apuntando al techo. Vio una tercera tumbada sobre el panel de control.

La capitana seguía sin moverse. Lina estiró una mano para tocar el hombro de Shade. Estaba completamente tiesa, congelada. La niña dio un tirón y la silla giró lentamente.

La cazarrecompensas tenía la cabeza echada hacia atrás y Milo vio dos profundas marcas rojas en su cuello. En una mano agarraba otra araña, atrapada en su puño. Pero tenía los ojos cerrados y la respiración débil.



—Está inconsciente —dijo Lina—. Esas criaturas deben de haberla atacado.

—Y parece que ha intentado ofrecer resistencia —dijo Milo—. Mala idea.

Lina pasó junto a la silla del piloto para revisar la consola. Todo apagado.

—El ordenador de navegación está muerto —comentó.

—¿Puedes hacer que funcione? —preguntó Milo.

Su hermana se encogió de hombros.

—Todo parece estar bien, sólo que no tiene energía. Cráter, ¿puedes averiguar qué son esas cosas y qué le han hecho a la nave?

El droide se acercó a una toma de corriente y se enchufó.

—Tendré que usar mi propia energía para acceder alabase de datos —dijo—. Con suerte, no tardaré mucho.

—Búscalos envíos más recientes —sugirió Milo.

—Y la palabra Cylo —le recordó Lina.

Milo se sentó en el asiento del copiloto. El aire de la cabina era frío y tenía un olor rancio. Los sistemas de soporte vital debían de estar fallando, como todo lo demás. Se preguntó si se congelarían antes de quedarse sin oxígeno, o si sería al revés. «No —pensó—, Lina encontrará alguna forma de arreglarlo, como hace siempre».

—Lo he encontrado —dijo CR-8R—. Recogió sesenta cajas hace una semana. En una base de investigación imperial, y su contacto fue Cylo.

—Entonces, ¿es un hombre? —preguntó Milo.

—O una mujer —sugirió Lina.

—Un hombre, por lo que veo —intervino CR-8R—. Shade hizo sus pesquisas. Sus notas dicen que Cylo es un investigador que está trabajando en maneras de fusionar lo orgánico y lo robótico para crear nuevas formas de vida.

—Como nuestras arañas —comentó Lina.

—Así que son cíborgs —dijo Milo con asombro—. Con partes robóticas y otras animales.

—Y todas peligrosas —añadió Lina frunciendo el ceño—. Si una picadura puede tumbar a Shade, imagina lo que le podría hacer a alguien de la mitad de su tamaño.

—Sigue con vida —comentó CR-8R—. Eso es bueno.

—Pero, Lina, a ti note mordieron —apuntó Milo—. A lo mejor sólo atacaron a Shade porque ella las atacó primero.

—O quizá sean pequeños bichitos a los que les encanta beber sangre humana cuando no están destrozando naves espaciales —contestó Lina—. No podemos arriesgarnos.

—Bueno, sabemos qué odian la luz —dijo Milo—. Podemos usar eso.

—¿Cómo? —preguntó Lina—. Todas las luces están apagadas.

—No, no todas —le recordó Milo—. Siguen encendidas las de la sala de las celdas.

Lina frunció el ceño de nuevo.

—Tienes razón —dijo—. Y los hologramas también funcionan. ¿Por qué no se han quedado sin energía? Hemos visto la sala de máquinas y todo estaba mordisqueado. El sistema de la nave al completo debería haber dejado de funcionar.

Se rascó la frente mientras pensaba. Entonces Milo vio que a su hermana se le ocurría algo.

—Esta cazarrecompensas es lista —dijo Lina con una sonrisa—. Es realmente lista. Piénsalo. En un carguero normal, las células de energía están almacenadas en un sitio, ¿verdad? En la sala de máquinas. Así que si alguien te ataca, lo único que ese atacante tiene que hacer es buscar la fuente central y acabar con ella. Y tú mueres en el espacio.

—Supongo —respondió Milo. Sabía que el *Ave Susurro* tenía una sola red de energía que abastecía toda la nave. Había asumido que así era como funcionaban todas.

—Pero ¿qué pasa si divides las células de energía en fuentes separadas? —preguntó Lina—. Habría una para el puente, que obviamente han destruido, junto con los sistemas de navegación. Otra para el muelle dé carga, y ya hemos visto cómo las arañas se han ocupado de ella. Pero tiene que haber otra en la parte trasera, proporcionando energía ala sala de las celdas. Y también tiene que estar conectada al sistema de seguridad, por eso siguen funcionando los hologramas. Y aún debería de haber otra que se encargue del hiperpropulsor.

—Entonces, ¿se puede pilotar la nave? —preguntó Milo.

—No veo por qué no —asintió Lina—. Pero no hay manera de dirigirla, así que acabaríamos volando en círculos. —Se restregó los ojos, intentando pensar—. Tenemos que hacer que funcione el ordenador de navegación. Y para eso necesitamos otra fuente de energía. Sólo hay una que sepamos seguro que sigue operativa.

—La de la sala de las celdas —se adelantó Milo.

—Había una caja de herramientas por aquí —recordó Lina—. Desacoplamos la célula, Cráter la trae hasta aquí, la conectamos ala red de navegación y mientras podamos mantener a las arañas lejos deberíamos tener suficiente energía como para volver a Lothal.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Milo excitado—. ¿Desengancharla y ponerla aquí? Lina bajo la vista.

—La verdad es que no lo sé —dijo—. No lo he intentado nunca.

—Y yo no puedo asegurar que mis baterías aguanten —intervino CR-8R—. Ya estoy usando la energía de reserva.

Lina arrugó la frente. Abrió la boca para hablar, pero la cerró de nuevo.

—Hay otra posibilidad —dijo al fin—. La única persona de aquí que sabe algo sobre reparaciones de naves espaciales. Todo lo que hay que saber, según él.

CR-8R negó rotundamente con la cabeza.

—No —dijo—. Stel es un criminal. Un fuera de la ley. Ni siquiera sabemos por qué lo han encerrado.

—Pero podemos descubrirlo, ¿no? —preguntó Lina—. Podrías volver a los archivos y mirar su ficha.

—Tal vez de lo único que sea culpable sea de robar para su familia —sugirió Milo—. O de golpear a un soldado de asalto.

—O de asesinato, o de provocar un incendio, o de cualquier delito horrible —respondió CR-8R—. No es de fiar.

—Pues entonces revisa los archivos y asegúrate —insistió Lina—. Si te vas a apagar pronto de todas formas, necesitamos saber en quién podemos confiar. No queremos estar por aquí solos.

CR-8R suspiró y se acercó a la toma de corriente. Suspiró de nuevo y se conectó.

—Accediendo a los registros confidenciales de prisioneros —dijo—. Me temo que los archivos se han dañado. Esas arañas deben de haber mordisqueado los cables de los archivos. —Su cara metálica se ensombreció—. Oh —dijo—. Oh, vaya. —Se retiró de la toma y se volvió hacia los niños—. Me temo que no les va a gustar lo que tengo que decirles.

—Dilo y punto, Cráter —le espetó Lina de inmediato.

—Uno de esos prisioneros es justo el hombre que necesitamos —explicó CR-8R—. Fue capturado por *hackear* un transporte imperial de comida y dárselo a los pobres. El otro es… Me cuesta decirlo.

—El Carnicero de Brentaal IV —dijo Milo en voz baja.

—¿Dónde ha oído eso? —preguntó CR-8R.

—Nos lo dijo Stel —respondió Lina—. Dijo que era el apodo de Davin. Eso es verdad, ¿no? Davin es el asesino.

—No he podido ver nada más —dijo CR-8R—. No lo sé. Un prisionero es un héroe y el otro, un monstruo. Los archivos están muy dañados, no tengo forma de saber cuál es cuál.

Milo soltó una repentina y breve carcajada.

—Genial —exclamó.

Lina negó con la cabeza.

—Pero ya lo sabemos —insistió—. Stel nos habló de Davin. Le dio a Milo la barra de comida. No ha hecho otra cosa que ser amable desde que llegó abordo. Mientras que Davin…

—Parece un perfecto psicópata —añadió Milo.

—Pero ¿cómo podemos estar seguros? —replicó CR-8R—. ¿Qué pasa si todo es un plan de Stel para hacer que confíen en él y transmitirles una sensación de falsa seguridad?

Lina suspiró.

—¿Por qué necesitaría nuestra confianza? —preguntó—. Él no sabía que esto iba a pasar. Mira, sé que hemos tomado algunas malas decisiones, pero esto lo veo muy claro. De todas formas, es un riesgo que estoy dispuesta a correr. —Se agachó hacia el cinturón de Shade y le arrebató el bastón eléctrico a la cazarrecompensas—. Lo cogeré por si acaso. Cráter, ¿dónde está la despensa? No queremos que nos dé problemas si se despierta.

—Está junto a la puerta del puente —contestó el droide—. Pero no creo que esto…

—No tenemos elección, Cráter —lo cortó Lina—. Vamos, yo la cojo de los pies y tú de los brazos. La encerraremos, como ella hizo con nosotros. Después iremos a buscar a Stel.

Empujaron a Shade al interior de una sala vacía y CR-8R utilizó su soldador para fundir la cerradura. Luego pasaron rápidamente por la oscura zona de carga, iluminada por los focos del droide.

Lina podía oír el susurro de las arañas a su alrededor y ver cómo algunas figuras se lanzaban hacia la oscuridad. Pero sabía que no los atacarían mientras llevasen luz.

El bastón eléctrico que sujetaba en la mano le daba valor. Los rayos azules brillaban en el arma y Lina la sostenía frente a ella, recordando las historias que su padre le contaba acerca de los valientes Jedi y sus espadas láser. El bastón no era tan impresionante, pero era un comienzo.

Pasaron junto al agujero del suelo del hangar, del que salían y entraban arañas. Las cajas seguían apiladas a cada lado y al fondo los esperaba la puerta abierta.

—Espera —dijo Milo a medida que se acercaban—, ¿no la habíamos cerrado?

Se oyó un golpe tras ellos y Lina se volvió a tiempo de ver que una pila de cajas se precipitaba hacia el suelo. Después, el grito de un animal enfadado retumbó en el aire. Las cajas empezaron a rodar, mientras las arañas huían en todas direcciones.

—¡Corred! —gritó Lina, antes de empujar a Milo hacia la puerta. CR-8R los siguió tan rápido como pudo por el estrecho pasillo.

Tras ellos se oían rugidos, junto con golpes y pasos. Alcanzaron la puerta de la sala de las celdas y, tambaleándose, entraron en el iluminado interior.

CAPÍTULO 6

SUELTO

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Milo jadeante.

Lina golpeó el panel de la puerta y ésta se cerró, encerrándolos dentro.

—No lo sé —contestó—. Pero era algo muy grande.

—Señorita Lina… —dijo CR-8R.

Milo se agachó, intentando recuperar el aliento.

—Puede que haya alguien más en la nave.

—Señor Milo… —volvió a decir CR-8R.

Lina golpeó la puerta de acero con el puño.

—Sea lo que sea, o quien sea, aquí no va a entrar.

—¡Eh, callaos y escuchad a vuestro robot! —les espetó una voz—. Está intentando deciros algo.

Los dos hermanos se dieron la vuelta. Milo se quedó helado de horror y Lina suspiró.

La puerta de la última celda estaba abierta, con las bisagras casi dobladas. La taza de metal estaba tirada en el suelo, prácticamente aplastada.

Stel se apoyó en los barrotes de su celda, mirando con asombro.

—La verdad, no pensaba que tuviera tanta fuerza —dijo—. Pero ha seguido golpeando. Sin decir ni una palabra, simplemente ha golpeado, golpeado, golpeado. Pensaba que había perdido la cabeza, que estaba totalmente loco. Y entonces he oído el crujido.

—Esta bisagra se ha soltado —dijo CR-8R señalándola.

—El soldado de asalto lo lanzó contra la puerta —dijo Milo al acordarse—. Quizá se aflojó entonces.

Lina se estremeció al recordar el rugido en la zona de carga. Davin tenía que estar muy cerca, y había sido un milagro que no los cogiera.

—Iba a pedirle que me liberara a mí también —continuó Stel—. Pero he visto su mirada. En su mente no había nada más que sed de sangre. En ese momento he sabido adonde se dirigía.

—¿Adón…? ¿Adónde? —preguntó Milo.

—A por vosotros, por supuesto —dijo Stel.

—¿Y por qué no te ha matado a ti? —inquirió Lina—. Ha tenido la oportunidad.

Stel le dirigió una sonrisa torcida.

—A lo mejor le caigo bien. O quizá simplemente ha pensado que no iba a ir a ningún lado.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó Milo a su hermana—. Si estamos atrapados aquí, ¿qué pasa con tu plan?

—¿Qué plan? —quiso saber Stel—. ¿Tenéis un plan?

Lina le explicó lo de las arañas, y los ojos de Stel se iluminaron cuando le dijo que la nave tenía fuentes de energía separadas y le habló de su intención de montar la batería de la sala de las celdas en el ordenador de navegación.

—No es un mal plan —comentó el joven—. Esa Shade es lista, ¿eh? Células de energía separadas, ni siquiera se me había ocu…

Se oyó un golpe detrás de ellos y Milo saltó del susto. Sonó de nuevo y la pesada puerta de la sala se estremeció violentamente.

—Viene a por nosotros —dijo Lina, intentando mantener la voz firme—. ¿Qué hacemos? —De repente, le pareció oír gritar a Davin, como si aquel loco los estuviera llamando.

—Tengo una idea —exclamó Stel—. No es tan buena como la vuestra, pero…

—Habla —le suplicó Lina, volviéndose hacia la puerta cuando se oyó otro golpe.

—De acuerdo —dijo Stel—. Vosotros dos os protegéis en las celdas. El droide abre la puerta. Davin irá a por vosotros. Yo me escondo pegado a la pared y lo golpeo con ese bastón. Se desmaya, lo encerramos y todo el mundo contento.

Milo puso los ojos en blanco.

—¿Por qué siempre tenemos que ser el cebo? —se quejó.

Stel soltó una carcajada.

—Si te hace sentir mejor, piensa que es una maniobra de distracción. En la celda estaréis a salvo. El droide y yo somos los que nos ponemos en peligro. —Se volvió hacia Lina—. ¿Tú que dices, jefa? ¿Me das el trabajo?

Ella le lanzó una mirada pensativa. Se produjo un nuevo golpe y asintió.

—Cráter, suéltalo. Es la única manera.

CR-8R se detuvo un momento, inseguro. Luego tecleó el código y la puerta de la celda se abrió.

Stel dio un paso hacia el pasillo, sonriendo.



—No os arrepentiréis —dijo—. Ahora, tú, Lina, entra en mi celda. Milo, ve a la vuestra. No creo que pase nada malo, pero si pasa, es más seguro que no estéis encerrados juntos.

El corazón de Lina bombeó con fuerza mientras el joven convicto cerraba las dos celdas, dejándolos dentro.

—Y dame el bastón eléctrico —dijo, acercándose para cogerlo.

Pulsó el interruptor del arma y los rayos se reflejaron en sus ojos verdes. Por un momento, Lina creyó ver algo más en ellos, algo como hambre.

—Muy bien, droide —dijo entonces Stel—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

CR-8R se colocó junto a la puerta.

—Por favor, tenga cuidado. Si falla, todos estaremos en grave peligro.

—No te preocupes, lata de aceite —contestó Stel divertido—. Sé lo que hago. Además, ese tío no está interesado en los droides. Va a por nosotros.

Se pegó contra la pared y, levantando una mano, comenzó la cuenta atrás con los dedos.

Cuatro, tres… CR-8R se acercó al panel. Stel levantó el bastón eléctrico. Lina aguantó la respiración.

Dos, uno… La puerta se abrió. Una enorme figura se acercó al umbral, se detuvo y se agachó para pasar por la puerta. Davin apartó a CR-8R y lo arrojó a las sombras.

En ese momento, Lina vio algo que no le cuadraba. El alienígena estaba sonriendo. Levantó las manos mientras se acercaba a ellos, con lo que parecía alivio en la mirada.

—Estáis vivos —dijo—. Estaba…

Stel saltó de su escondite y se produjo un repentino destello azul.

Davin cayó como un tronco hacia delante. Su frente dio contra el suelo con un golpe seco, justo enfrente de la celda de Lina.

Milo sujetó los barrotes.

—¿Has visto su cara? —le preguntó a su hermana—. Algo va mal.

—Lo sé —respondió ella—. ¿Qué intentaba decir?

—Probablemente lo feliz que estaba al ver que estáis bien —intervino Stel—. Lo agradecido que estaba de que yo no hubiera tenido ocasión de haceros daño. Todavía.

El joven giró sobre sus talones y atacó a CR-8R con el bastón eléctrico. Saltaron chispas y el droide se tambaleó. Las chispas saltaron de nuevo cuando Stel volvió a golpearlo con fuerza en el costado.

CR-8R se estremeció e hizo un ruido incomprensible. Sus repulsores dejaron de funcionar y cayó al suelo, con sus extremidades metálicas sacudiéndose como serpientes furiosas.



Stel hizo girar el bastón en la mano como si fuese una porra. Se dio la vuelta y le asestó una patada a Davin en las costillas tan fuerte que todo el cuerpo del lasat tembló. Después se volvió hacia Milo y Lina.

—¡Sorpresa! —exclamó sonriendo.

Lina retrocedió con los puños apretados. Los delgados labios del joven se retorcieron de excitación y un brillo salvaje asomó a sus ojos.

—Tú eres el Carnicero de Brentaal IV —dijo Milo—. Nos has engañado.

—Así es como me llaman —admitió Stel—. A veces me cuesta creer las cosas que hice. Pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora soy bueno. Más o menos.

—Entonces, ¿por qué nos has mentido? —preguntó Lina—. ¿Por qué dijiste que el Carnicero era Davin? —Hizo un gesto hacia el cuerpo boca abajo que tenía a sus pies.



—Porque quería caeros bien y que lo odiarais a él —admitió Stel—. Me gusta caer bien. ¿No es lo que quiere todo el mundo?

Se puso de pie sobre la espalda del lasat, que soltó un gruñido, pero no se despertó.

—Vino aquí a por vosotros, por supuesto —explicó Stel, aguantando el equilibrio sobre el cuerpo inmóvil de Davin—. Lo enviaron para rescataros. Pero no podía decirlo delante de mí. Es listo. No se ha fiado de mí en ningún momento.

—¿Cómo sabes lo que pretendía? —preguntó Milo—. ¿Cómo sabes que vino a rescatarnos?

Stel resopló.

—¿No os habíais dado cuenta? —Escupió—. He estado en búsqueda y captura durante años, eso es verdad. Esos senadores pusieron un precio a mi cabeza tan elevado que sabía que sólo era cuestión de tiempo que alguien me capturara. Pero de repente la República desapareció. Y luego los soldados de asalto llamaron a mi puerta, pero no era para arrestarme.

—Trabajas para el Imperio —suspiró Lina—. Pero eres un asesino.

—Exacto —rio Stel—. Era exactamente el tipo de persona que andaban buscando. Alguien que hiciera cosas que ni siquiera sus soldados podían hacer. Y la primera misión

que me dieron fue él. —Saltó al suelo, sonriendo cruelmente—. Lo seguí hasta Lothal, después llamé a los soldados de asalto y ellos lo capturaron —explicó—. Pero cuando oí que las órdenes habían cambiado, que el lasat no iba a ser juzgado en Ciudad Capital, sino que iba a ser enviado a Noctu por algún cazarrecompensas… supe que había algo más. Les dije que me encerraran junto a él.

—¿Para qué? —preguntó Lina—. ¿Por qué no le ordenaste a Shade que te lo devolviera?

—Porque no tenía ninguna duda de que cuando llegáramos a Noctu, Davin tendría una nave esperándole —replicó con una mueca—. Y entonces no lo cogería sólo a él, sino a todos los que trabajaban con él. Es un plan brillante, en mi opinión. Y hubiera funcionado a la perfección de no ser por esas malditas arañas.

Se oyó un crujido de engranajes y Lina miró a CR-8R, que, con sus repulsores volviendo a funcionar, intentaba levantarse.

—¿Están heridos? —preguntó.

—Has estado apagado un momento —le explicó Lina—. Lo suficiente para que descubramos que éste está trabajando para el Imperio. Davin es el rebelde.

CR-8R bajó la cabeza.

—He intentado advertirles —dijo—. Suponía que él esperaba que Davin lo llevara hasta sus compañeros. Lo que quiere decir que habrá un transporte imperial esperándonos cuando lleguemos a las minas de asteroides.

Stel aplaudió apreciativo.

—Este saco de tornillos no es tan tonto como parece —dijo—. Para ser honesto, no sabía quiénes erais cuando llegué a bordo. Lo único que sabía era que había dos niños y un droide, y que no iba a dejar que ninguno de ellos escapara. Al fin y al cabo no me dijeron nada de llevaros con vida.

—Póngales una mano encima —saltó CR-8R— y yo…

—¿Tú qué, cabeza plateada? —Stel soltó un profundo suspiro—. Necesito que la chica me ayude a arreglar el ordenador de navegación. Y necesito que el chico me sirva para controlarla. Así que espero que no se os crucen los cables. Por ahora estáis a salvo. —Lanzó una mirada al lasat—. Aunque hay una cosa que puedes hacer por mí, droide. Mete este saco de carne donde debería estar.

—Me niego a recibir órdenes de alguien como usted —declaró firmemente CR-8R, cruzándose de brazos.

—Perfecto. —Stel se acercó a la celda de Milo—. Ven aquí, muchacho. Esto no te hará daño. No mucho. —Introdujo el bastón eléctrico entre los barrotes.

—¡Está bien! —exclamó CR-8R—. Haré lo que me pida. —Cogió a Davin por los tobillos y lo arrastró hacia la celda más cercana.

—Más pegado a la pared —ordenó Stel—. Sé que pesa, pero mira esos brazos. Levantadores de carga, ¿verdad? Vamos, ahora vuelve aquí y asegúrate de cerrar.

El droide obedeció y tecleó el código en la pantalla de la cerradura. Stel pasó junto a él, agarró la puerta y le dio una buena sacudida.

—Parece seguro —dijo—. Supongo que podría destrozarla de nuevo, pero no antes de que lleguemos a nuestro destino. Ahora, si eres tan amable de abrir la celda de la chica.



CR-8R vaciló, pero Stel levantó un puño en señal de amenaza. Lina salió de su celda con precaución, agarrándose del brazo de CR-8R.

—Tu plan era bueno —comentó Stel—. He decidido seguirlo, con alguna pequeña modificación. Pero os necesitaré en el puente y supongo que otro par de manos me vendrían bien.

—No te ayudaré —soltó Lina.

Stel se encogió de hombros.

—Bien —dijo—. El Imperio seguirá nuestros pasos y nos encontrará tarde o temprano. Seguro que hallaré la manera de divertirme mientras esperamos. —Tocó el interruptor del bastón eléctrico y la luz azul se encendió parpadeando.

Lina lo miró fijamente. Sabía que había sido culpa suya. Si no hubiera confiado ciegamente en él, nada de eso habría pasado. Lo único que podía hacer de momento era seguirle la corriente y esperar que los amigos de Davin estuvieran bien armados.

—¿Cómo encontramos la célula de energía? —preguntó.

—No la necesitamos —le respondió Stel—. Tenemos una fuente de energía portátil justo aquí. —Levantó el pulgar en dirección a CR-8R.

—Me temo que eso no funcionará —le dijo el droide—. Ya se me está acabando la energía de emergencia.

—Entonces utilizaré la que te queda y ya veremos —le espetó Stel—. No tengo tiempo para arrastrarme por el suelo buscando la fuente, cuando lo único que necesito es la potencia suficiente como para hacer funcionar el ordenador de navegación. Una vez estemos en la dirección correcta, no harás ninguna falta.

—¿Y qué pasa conmigo? —lo interrumpió Milo.

—Tú te quedas aquí —dijo el joven delincuente—. Y, recuerda, tengo a tu hermana. —Sonrió chocando los talones—. Venga, en marcha. La chica primero, después el droide y yo el último.

—Volveremos —le prometió Lina a Milo mientras recorrían el pasillo—. Tú espera.

—¡Tened cuidado! —gritó Milo—. No hagas nada peligroso, ¿vale?

Lina forzó una sonrisa.

—¿Quién, yo?

Y se marchó.

CAPÍTULO 7

ARAÑAS

—¡Despierta! —gritó Milo, sacudiendo los barrotes tan fuerte como podía—. Por favor, ¡despierta!

Davin estaba tumbado en el suelo de la celda más alejada, con los brazos extendidos a los lados. Se retorció, gruñó y se rascó la nariz. Luego se puso cómodo y empezó a roncar, con su enorme pecho subiendo y bajando repetidamente.

Milo se apoyó en los barrotes y gritó con desesperación. Había pasado mucho rato desde que Stel se había llevado a Lina y a CR-8R al puente de mando. Su hermana era capaz de cuidarse sola, ya lo sabía, pero también sabía que Stel no era un cualquiera; había visto un resplandor de locura en sus jóvenes ojos.

La puerta de la sala de las celdas estaba abierta y se distiguía el pasillo perdiéndose en la oscuridad. Unos momentos antes, a Milo le había parecido ver algo por el suelo allí fuera. Y si aguantaba el aliento y se concentraba, podía oír el ruido de pequeñas patas.

Las células de energía de la sala de las celdas habían atraído a las arañas. Pero mientras las luces funcionaran, no podrían entrar.

Una idea comenzó a tomar forma en su cabeza. Pero antes de que Milo pudiera desarrollarla, oyó un rugido. Davin estaba intentando levantarse.

—¡Sí! —gritó el niño—. Muy bien, Davin.

Animo.

El lasat sacudió su enorme cabeza y apoyó un puño en el suelo para darse impulso.

—Estoy despierto —dijo—. Ya voy, madre. No llegaré tarde.

Entonces se diola vuelta y se sentó, parpadeando. Estiró el cuello e intentó enfocar la mirada. Se fijó en él y Milo vio un brillo de comprensión en los ojos del alienígena.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Davin con voz apagada—. ¿Qué está pasando?

—Stel se ha llevado a mi hermana —explicó Milo—. El es el malo, no tú.

—Así que os habéis dado cuenta —dijo el lasat, agarrándose a los barrotes para ponerse en pie.

—Lo siento —se disculpó Milo—. El parecía más… simpático.

—Aprende a no fiarte de las apariencias —gruñó Davin, frotándose la cabeza—. Me ha atacado con el aturdidor. Otra vez.

Milo asintió.

—Ha dicho que querías hacernos daño —explicó—, así que hemos dejado que te atacara. Y después nos ha contado la verdad.

—Trabaja para el Imperio —dijo Davin—. Pude olerlo en cuanto lo vi. Por eso yo no os podía decir para qué había venido. La verdad es que los Bridger me enviaron.

—Tenía la esperanza de que lo hicieran —contestó Milo con cariño—. Pero, escucha, estamos en una situación complicada. Stel ha encontrado la manera de hacer funcionar la nave de nuevo. Cuando lleguemos a Noctu, el Imperio estará esperándonos. —Y le contó todo lo que había pasado, desde lo de las arañas hasta la traición de Stel.

—Entonces no hay tiempo que perder —dijo Davin cuando Milo acabó su historia. Dio un fuerte puñetazo a los barrotes de su celda y el acero tembló, pero la puerta no cedió. Davin gruñó—. La otra tenía una bisagra suelta.

Esta es solida como una roca. Ojalá tuviera un soldado de asalto para lanzarlo contra ella.

—Tengo una idea —le comunicó Milo—. Se me acaba de ocurrir, pero creo que podría funcionar. ¿Puedes alcanzar eso?

Señaló la taza de metal aplastada tirada en el pasillo entre las dos celdas. Davin se puso de rodillas y se pegó contra los barrotes. Las venas del brazo se le marcaban como ramas retorcidas. Tocó la taza una vez, dos, y logró empinarla hacia él.

—Vale —dijo poniéndose de pie—. La tengo. ¿Ahora qué?

—¿Ves el panel junto a la puerta? —preguntó Milo—. Shade nos dijo que era el interruptor de la luz. Necesito que la apagues.

—¿Por qué? —preguntó Davin extrañado—. Entonces nos quedaremos a oscuras.

—La única forma de salir de estas celdas es desconectar las cerraduras —explicó Milo—. Y sólo veo una manera de conseguirlo.

Volvió a mirar hacia la puerta abierta. Pequeñas formas se movían de arriba abajo en la oscuridad.

Davin se quedó atónito.

—No hablas en serio —dijo—. He escuchado ideas locas, pero dejar entrar un montón de arañas cíborgs… yo no lo haría.

—Estoy seguro de que no nos morderán a menos que las provoquemos —insistió Milo—. Sólo tenemos que quedarnos quietos y dejar que hagan su trabajo.

Pero Davin negó con la cabeza.

—Eso no lo sabes —dijo—. Y además no soporto a las arañas. Me dan escalofríos desde que era niño.

Milo no pudo evitar sonreír.

—¡Te dan miedo! —exclamó sorprendido—. Supongo que todo el mundo tiene miedo de algo, pero pensaba que tú…

—¿Pensabas que yo qué? —lo interrumpió Davin—. Puedo parecer duro, vale, lo soy. Pero eso no quiere decir que quiera tener bichos recorriendo mi cuerpo.

—Bueno es el único plan que tengo —contestó Milo—. Si funciona, podríamos llegar al puente de mando antes de que Stel consiga hacer funcionar el hiperpropulsor. Pero si eres demasiado cobarde…

Davin soltó un gruñido profundo y escupió en el suelo.

—Muy bien —dijo—. Pero si una de esas cosas me muerde, será culpa tuya.

Se inclinó todo lo que pudo con la taza en la mano. Milo contuvo la respiración mientras el alienígena apuntaba. Finalmente, lanzó la taza tan fuerte como pudo. Se oyó un golpe y las luces se apagaron.

—¡Buen disparo! —gritó Milo.

Davin resopló.

—Gracias —dijo—. ¿Ahora qué?

—Ahora nos quedamos quietos —respondió Milo—. Y escuchamos.

Al principio sólo se oyeron unos pocos pasos diminutos, apenas audibles, procedentes de la primera araña que entró en la sala de las celdas. Después percibieron que la seguía otra, y otra más. El repiqueteo se convirtió en una estampida de pequeñas criaturas que se movían por el suelo metálico.

—Esto no me gusta nada —susurró Davin en la oscuridad.

—Quédate quieto —dijo Milo—. Te lo prometo, no te harán daño. —Se mordió el labio, esperando tener razón.

Davin gimió.

—Puedo notar cómo me tocan —murmuró aterrorizado—. Las tengo en las piernas. Y están subiendo.

—Respira hondo —le dijo Milo—, intenta pensar en otra cosa.

El lasat bufó.

—Estoy pensando que nunca más voy a hacerles un favor a los Bridger —dijo.

Milo también podía notarlo, pequeñas patas que se agarraban a sus pantalones. Casi le hacían cosquillas, pero no tenía ganas de reír. Se quedó tan quieto como pudo, sintiendo cómo llegaban a su camiseta, que afortunadamente llevaba metida en el pantalón. «No te harán daño —repitió para sí—. Son sólo pequeñas criaturas amistosas, no te harán daño…».

De repente, una de las arañas alcanzó su cuello y tuvo qué esforzarse para no gritar. Le empezaron a temblar las manos, así que cerró los puños y se los metió en los bolsillos.

Una voz rompió el silencio y la habitación se iluminó con una repentina luz azul.

—*¡Alto, prisioneros!* —ordenó el holograma de *Shade*—. *¡Cualquier intento de escapar será neutralizado con violencia!* —Estaba de pie en el centro de la sala, con una mano en alto—. *¡Volved a vuestras celdas! ¡Volved inmediatamente!*

Gracias a la luz, Milo pudo ver a Davin, una enorme e inmóvil sombra en la celda más lejana. Entonces la luz se desplazó y por un momento le pareció que el alienígena se había puesto una especie de traje metálico. Pero enseguida se dio cuenta de que en realidad estaba todo cubierto de arañas. Se apiñaban sobre él y generaban olas plateadas cuando se movían.

—Guau, parece que les gustas —comentó Milo. El tenía tres arañas en la camiseta, una en la cabeza y un par más en las piernas, pero en el resto del cuerpo nada.



—Genial —contestó Davin con la voz apagada entre aquella masa brillante—. ¿Cómo hago que paren?

—*¡Silencio!* —ladró el holograma—. *¡Todo el mundo, silencio!*

—Es raro —dijo Milo—. ¿Por qué se sienten tan atraídas hacia ti?

—Te lo debería haber dicho antes —contestó Davin con timidez—. Hace unos años, me dispararon con un bláster. Los medi-bots me pusieron un pulmón de metal. Debe de tener su propia fuente de energía.

De repente, les llegó un zumbido del otro lado de la celda, como el de un motor. Milo miró de reojo y pudo ver que algunas arañas se reunían alrededor de un panel del suelo, apelotonándose unas sobre otras en su afán por alcanzarlo. Empezaron a escarbar en el suelo, usando sus afiladas pinzas para desgarrar el metal.

La araña que él tenía en el pelo se escabulló y saltó al suelo. Notó que el resto hacía lo mismo, y corría luego hacia la fuente del sonido.

—Han encontrado la célula de energía —susurró—. No deberían tardar mucho. Espero.

—Ojalá tengas razón —murmuró Davin con voz amortiguada—. Porque creo que… Oh, no, ésta intenta metérseme en la boca.

Escupió y Milo oyó que algo golpeaba el suelo.

—Cuidado —le advirtió—. No las asustes.

Las arañas ya habían hecho un agujero en el suelo de la celda. Se introdujeron por él y el zumbido de la electricidad comenzó a disminuir a medida que drenaban su energía.

—No… —murmuró Davin, intentando mirar a Milo—, no intentarán hacerme eso, ¿verdad?

Milo no sabía qué decir. Las arañas querían energía y no les importaba dónde estuviera. Si creían que había una fuente dentro de Davin, harían lo que fuese necesario para hacerse con ella.

—No creo… —empezó.

Pero antes de que pudiera terminar, las luces del techo se encendieron y un momento después se volvieron a apagar. Con un chasquido, las puertas de las celdas se abrieron.

—*¡Alto!* —gritó el holograma, mientras Milo salía con cuidado hacia el pasillo—. *¡Atrás! ¡No te muevas! ¡Circula!*

Milo fue hasta la otra celda, donde la enorme figura metálica se alzaba en medio. Alzó la mano cuidadosamente y cogió una araña entre los dedos. Sus pequeñas patas se movían violentamente y sus pinzas intentaban pellizcarlo. La dejó caer y la araña se marchó hacia la otra fuente de energía.

Milo cogió otra araña, y otra. Al poco tiempo, la cabeza de Davin estaba libre de ellas. Miraba a Milo con los ojos bien abiertos, mientras el niño le quitaba los cíborgs uno a uno de la piel y de la ropa. Poco después, Da-vin pudo ayudarlo.

Miró a Milo y sonrió arrepentido.

—Era un buen plan —dijo—. Eres un chico listo.

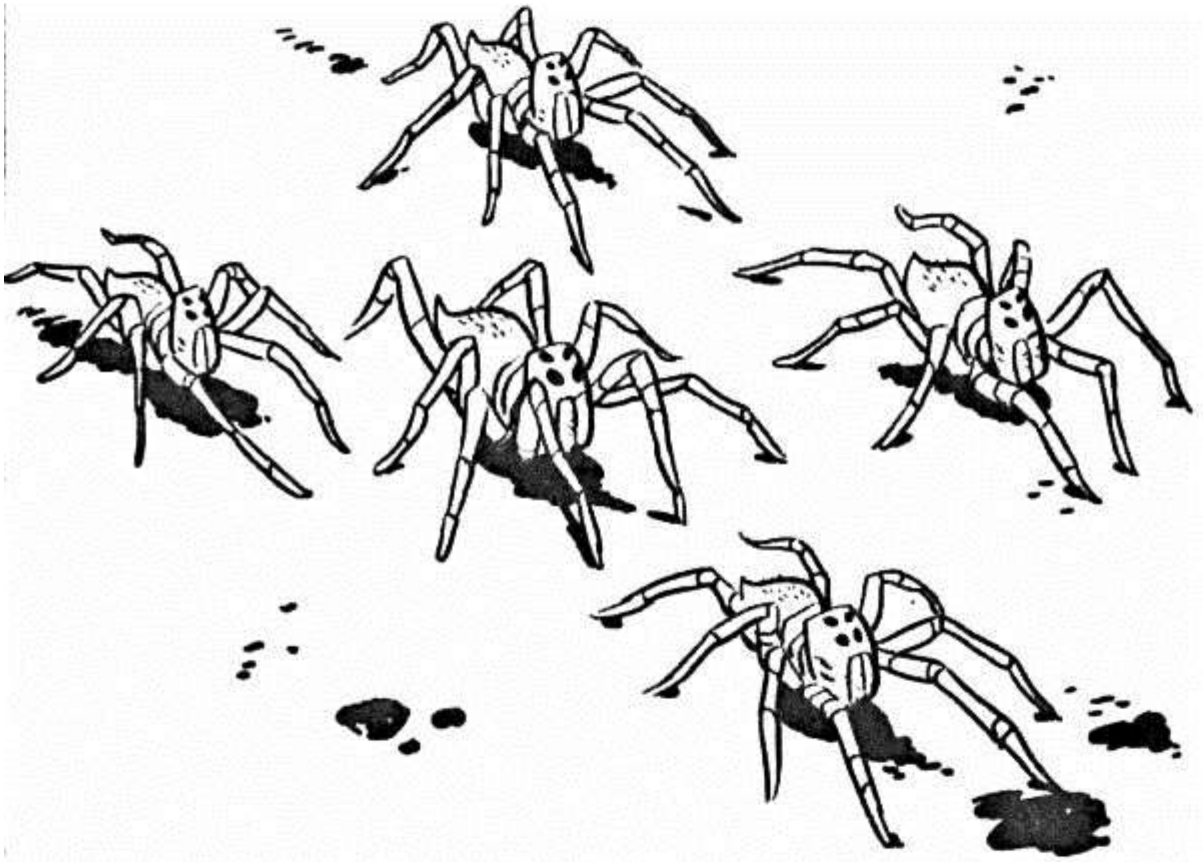
—Y tú muy valiente —respondió Milo antes de sonrojarse—. Lo siento, es que eso era lo que mi madre solía decirme.

Pero el alienígena estaba sonriendo.

—La mía también —dijo—. Vamos, salgamos de aquí.

Milo caminaba de puntillas, posando el pie con cuidado. Las arañas todavía estaban cruzando la puerta de la celda, recorriendo el pasillo hasta el agujero que había al otro lado de la sala. Se aferró al marco de la puerta y se balanceó. Davin lo siguió a grandes zancadas.

Una vez en el pasillo, se dirigieron a la puerta. Se oyó un repentino ruido metálico y Davin murmuró una disculpa. Miró hacia abajo.



—Eh, mira, una llave hidráulica —dijo—. Nos puede ser de ayuda.

—¿Sabes reparar naves? —preguntó Milo.

—No —admitió Davin—. Pero van de maravilla para golpearle a alguien en la cabeza.

Milo sonrió. Llegarían al puente de mando, encontrarían a Lina y detendrían a Stel antes de que fuese demasiado tarde.

Entonces notó que el suelo empezaba a vibrar y la nave crujió a su alrededor. Se agarró al brazo de Davin intentando mantener el equilibrio, mientras notaba cómo el estómago le daba vueltas.

Habían pasado ala velocidad de la luz.

CAPÍTULO 8

UNA TRAMPA

Stel le sonrió a Lina cuando la nave salió disparada al hiperespacio.

—¿Lo ves? —dijo el joven convicto, inclinando el asiento del piloto hacia ella—. Te he dicho que tendríamos suficiente potencia. Gracias a ese droide vuestro.

CR-8R estaba apoyado en la consola que había detrás de ellos, medio sentado medio tumbado, con un cable que iba de su cuello hasta el ordenador de navegación. Ya no podía mantenerse en pie después de que usaran la batería de sus repulsores.

Lina se arrodilló junto a él.

—¿Cómo estás, Cráter? —preguntó. CR-8R reaccionó levantando la cabeza lentamente. No había luz en sus ojos dorados.

—Aaaadoooormiiiilaaaadoooooo —contestó, arrastrando cada sílaba. Después cayó de espaldas.

Lina se preguntó si los droides soñaban, si su código de computación podía enviar mensajes a su conciencia cibernética. Si era así, CR-8R nunca lo había mencionado.

Soltó la mano del droide y miró a Stel con odio.

—Si sufre daños permanentes, te…

—¿Qué harás? —le espetó el joven—. He hecho lo que tenía que hacer, ¿no? Además, es sólo un droide. Deja de intentar que me sienta culpable.

Giró su silla en dirección al panel, se apoyó en el respaldo y observó el túnel de luz que rodeaba el *Festín Móvil* mientras navegaban por el hiperespacio.

Lina se puso en pie y miró hacia la puerta que los separaba del muelle de carga. Estaba bien cerrada para mantener a las arañas fuera, pero Stel había hecho que CR-8R les dijera los códigos, así que Lina sabía que podría salir. Pero ¿de qué le serviría? Milo estaba más seguro en la celda, y Stel la atraparía si ella intentaba huir.

Volvió al asiento de copiloto, tropezando con la pierna extendida de CR-8R. Su codo golpeó el panel de control de estribor y respiró hondo mientras las luces se encendían en todo el tablero: vio una hilera de teclados coloridos y una pequeña pantalla independiente.

Stel estiró el cuello y Lina se inclinó apresuradamente para tapar el panel con un brazo.

—¿Qué estás haciendo ahí? —se burló su captor.

—Nada —contestó Lina—. Me he tropezado y me he dado un golpe. —Se frotó el codo y lo dobló varias veces.

Stel negó con la cabeza.

—Procura tener más cuidado.

Lina se quitó la chaqueta y la tiró disimuladamente sobre el panel iluminado. Después se sentó junto a Stel, intentando mantener la sonrisa. De alguna manera, las armas del *Festín Móvil* seguían operativas. Y lo que era aún mejor, Stel no tenía ni idea.

Tenía sentido, los cañones exteriores debían de usar la misma fuente de energía que los hologramas de seguridad. Y esa fuente estaría tan bien escondida que ni siquiera las arañas habían logrado dar con ella. No sabía qué iba a hacer con esa información, pero estaba dispuesta a usarla en su beneficio.

—Entonces, ¿por qué os persigue el Imperio? —preguntó Stel bostezando.

Lina subió las piernas y apoyó el mentón en las rodillas.

—Se llevaron a nuestros padres —dijo—. Estamos intentando rescatarlos.

—Eso no es una razón —dijo, palpando el mango del bastón eléctrico que llevaba colgado de la cintura—. Supongo que será algo relacionado con el droide. Pero, oye, no es cosa mía. Lo único que tengo que hacer es entregaros y que me informen de mi próxima misión.

Lina escudriñó su pálido rostro.

—Tú disfrutas con esto, ¿verdad?

Stel le guiñó un ojo y sonrió.

—La verdad es que sí —contestó—. Odiaba la antigua República. Todos aquellos senadores estirados, sabelotodos, y los pretenciosos Jedi, que iban de acá para allá creyéndose mejores que nadie. Con el Imperio eso no es así.

—Pues claro que lo es —replicó Lina—. El Imperio cree que tiene el derecho a decirnos lo que tenemos que hacer y pensar, a encerrarnos, a secuestrarnos…

—Bueno, quizá tengan razón —dijo Stel—. ¿Te lo has planteado? A lo mejor ellos saben qué es lo mejor. Han traído orden, justicia y paz.

—Eso no te lo crees ni tú —contestó Lina—. Sólo lo dices porque te dan una excusa para ir por ahí golpeando a la gente, o haciéndoles incluso cosas peores.

Stel se encogió de hombros.

—Puede ser —dijo—. Pero eso es bueno. Sentir que formas parte de algo. Ahora, si tengo la necesidad de hacer algo malo, sé que el Imperio me perdonará. Hasta podrían pagarme por ello.

Lina se estremeció y apartó la vista. Se preguntó cuántos monstruos como Stel andarían sueltos por la galaxia ahora que el Imperio estaba al mando. Y cuántas buenas personas como sus padres estarían encerradas, desamparadas.

Una luz en el panel principal comenzó a parpadear y Lina oyó cómo el hiperpropulsor aflojaba.

—Estamos llegando a Noctu —dijo Stel—,

El vórtice se desvaneció en cuanto desactivaron la velocidad de la luz. El puente de mando se llenó de largas sombras.

Lina podía ver la estrella de Noctu delante, un círculo distante del tamaño de su uña. El planeta que orbitaba a su alrededor se veía algo más nítido, mostrando un terreno acuoso y pálido.

Y entre la nave y el planeta, Lina pudo distinguir la bulliciosa colmena de las minas de Noctu. Lo llamaban campo de asteroides, pero en realidad era un anillo planetario, un disco de hielo y roca que giraba alrededor de la masa de gas gigante. Algunas de las rocas eran más pequeñas que un copo de nieve, mientras que otras tenían el tamaño de una nave, girando en una eterna órbita. Alrededor de las más grandes había algunos transportes que se movían como insectos llevando a hombres y maquinaria.



—¿Sabías que todo esto antes era una luna? —preguntó Stel—. Es verdad. Stel sabe cosas. Hace siglos todo esto era la luna más grande y rica de Noctu, repleta hasta el núcleo de minerales, gemas, especias, de todo. Pero los antiguos mineros cavaron demasiado y un día, ¡pum!, la luna explotó. Este anillo es lo único que queda.

—Pero eso no impidió que siguieran sacando materiales, ¿no? —señaló Lina.

Stel negó con la cabeza.

—La República clausuró el lugar porque era demasiado peligroso —dijo—. Pero el Imperio volvió a abrirlo. Ahora utilizan a convictos para que trabajen ahí, lo mismo que en Kessel. Dicen que unos cincuenta hombres mueren cada semana en esas minas. Casi me siento mal por el viejo Davin.

Lina le lanzó una mirada penetrante.

—Odio al Imperio —dijo—. Y te odio a ti.

Stel sonrió.

—Ya lo sé, cielo.

Sonó una alarma y el joven se enderezó en la silla.

—Allá vamos —dijo—. Esperemos que el droide tenga suficiente batería como para hacer funcionar el comunicador.

—*Festín Móvil* —llamó una voz a través de los altavoces—. Aquí el carguero comercial *Rayo Estelar*. ¿Me recibe?

Stel puso una mano sobre el comunicador y sacó el bastón eléctrico de su cinturón.

—Contéstales —susurró—. Y no hagas ninguna estupidez.

Lina vio que el carguero se aproximaba, recortado contra el distante sol. Era un viejo y maltratado G9 Rigger, con una estructura central cuadrada y dos alas oxidadas en ángulo recto. Lina buscó con la mirada la nave imperial que debía de estar por allí, pero no vio nada.

Pulsó el botón de transmisión.

—*Rayo Estelar*; aquí *Festín Móvil* —dijo—. Le recibimos alto y claro.

—¿Cuál es su estado? —preguntó la voz—. ¿Con quién estoy hablando?

Lina miró a Stel, que asintió lentamente.

—Aquí Lina Graf —contestó, con la mano temblando sobre el panel de comunicaciones.

Se oyó un suspiro de alivio.

—Lina —dijo la voz—, aquí Mira Bridger. ¿Milo y tú estáis a salvo? ¿Está Davin con vosotros?

La niña se mordió el labio.

—Está ocupado —dijo—. Ha ido a… hacer algo.

Stel la agarró del brazo, advirtiéndole con la mirada.

—¿A qué te refieres? —insistió la voz de Mira—. ¿Adónde ha ido? Lina, ¿va todo bien?

—Todo va bien —contestó ella con los dientes apretados, mientras Stel apretaba los dedos en su codo. El corazón se le aceleraba y la mirada se le nublaba a causa de las lágrimas que le anegaban los ojos.

Entonces, por un breve instante, la vio: una pequeña sombra pasó ante el planeta y se orientó hacia ellos. Una cabina cuadrada con dos alas curvas. La nave de las tropas imperiales.

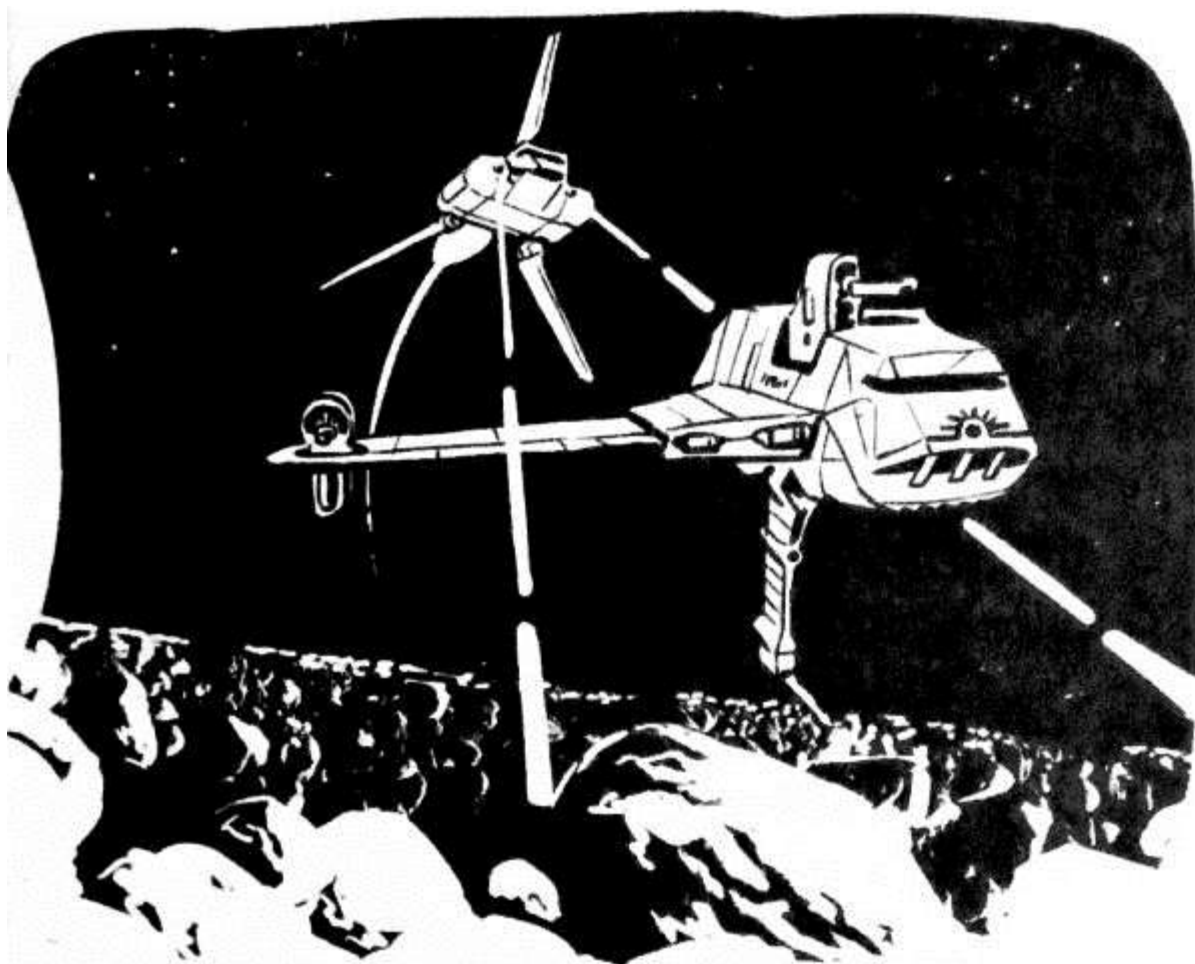
—¡Vete de aquí! —gritó, antes de poder reprimirse—. Mira, corre, ¡es una trampa!

Stel rugió y bajó el bastón hacia ella, pero Lina se echó a un lado, cayendo de la silla y golpeando el suelo con fuerza. Oyó que Stel volvía a levantar el bastón y golpeaba la silla con él, mientras ella se arrastraba hacia la puerta.

El joven se puso de pie de un salto y corrió tras ella. Rodando sobre sí misma, Lina se sentó. Sabía que si intentaba levantarse él la golpearía, y que esa vez no iba a fallar.

Stel se detuvo y se pasó una mano por el pelo rojo. Con la otra mano pulsó el interruptor del bastón eléctrico. Detrás de él, Lina pudo ver cómo el *Rayo Estelar* giraba

rápidamente, iluminando la cabina a medida que se ladeaba. La nave imperial se estaba acercando. Esta empezó a disparar y los proyectiles láser casi rozaron la parte trasera del carguero.



De repente percibió movimiento a su derecha, dentro de la cabina. Lina parpadeó varias veces para asegurarse de que estaba en lo cierto.

Stel dio otro paso acercándose a ella.

—Puedes correr, pero eso no cambiará nada —dijo—. Mis amigos del Imperio derribarán esa miserable nave rebelde.

—Te equivocas —replicó Lina, estirando el cuello—. Ya les están devolviendo los disparos. ¡Oh, buen tiro!

Stel negó con la cabeza, manteniéndose firme.

—Buen intento —dijo—, pero yo no me distraigo fácilmente. ¿Qué ibas a hacer? ¿Agarrarme de los tobillos para intentar tirarme? Sólo eres una niña.

—Muy listo —contestó Lina—. Eso es exactamente lo que se suponía que tenía que pasar. Sólo que no era yo la que lo iba a hacer.

Stel abrió los ojos de par en par cuando CR-8R le cogió las piernas y dio un tirón. El mercenario gritó al perder el equilibrio. Lina se puso en pie y le dio un empujón y el joven cayó de espaldas, aterrizando con fuerza contra la silla del piloto. CR-8R se derrumbó hacia atrás, con sus reservas de energía agotadas.

Lina corrió a la puerta para teclear el código. Podía oír cómo Stel empezaba a ponerse en pie y se lanzaba a por ella justo cuando cruzaba el umbral.

Se golpeó contra algo grande y suave y se tambaleó hacia atrás.

—Hola, Lina —dijo Davin con una sonrisa.

Entonces extendió la mano y levantó a Stel, cogiéndolo por el cuello.

CAPÍTULO 9

UN BUEN DISPARO

Stel, con la cara roja, pataleaba violentamente mientras Davin lo arrastraba por el suelo, sin soltarle el cuello. El lasat gruñó, con su rostro lleno de cicatrices gesticulando bajo la luz procedente de la puerta abierta. Stel tenía los ojos hinchados e intentaba coger aire abriendo la boca.

Milo agarró la mano que Davin tenía libre.

—No —dijo—. Por favor, déjalo vivir.

Davin miró al niño y su cara se suavizó. Haciendo acopio de todas las fuerzas que le quedaban, Stel levantó el bastón eléctrico hacia la cara de Davin y, sorprendido, el alienígena lo soltó. Stel cayó y aterrizó elegantemente de pie.

Davin sacó entonces la llave hidráulica de su bolsillo, bloqueando la siguiente embestida de Stel. Saltaron varias chispas del bastón, que arrojaron una luz azul sobre la cara de ambos.

—¿Estás bien? —le preguntó Milo a su hermana.

Lina asintió y dijo:

—Ya veo que has estado haciendo amigos.



Retrocedieron cuando Stel volvió a atacar con el bastón eléctrico, a la vez que lanzaba una fuerte patada a la rodilla de Davin. El alienígena se tambaleó por el dolor. Stel se adelantó y Davin intentó contraatacar, pero antes de que pudiera darse cuenta, había sido lanzado hacia las sombras del muelle de carga, donde se estrelló contra una pila de cajas, que se derrumbó estrepitosamente a su alrededor.

Milo y Lina observaban la escena aguantando la respiración, cuando Stel cargó hacia las cajas, abriéndose paso con los codos. Lanzó un golpe con su bastón eléctrico y Davin lo detuvo con su llave. El joven era más pequeño y notan fuerte, pero su rapidez le estaba poniendo las cosas difíciles al alienígena.

Éste gruñó mientras frenaba otro golpe. El bastón eléctrico impactó con fuerza y la llave hidráulica se le cayó de las manos. Davin miró sorprendido hacia abajo y Stel aprovechó para atacar de nuevo. El alienígena se volvió para protegerse con los puños, pero se dio cuenta demasiado tarde de lo que eso significaba.

—¡Oh, otra vez no! —gritó, justo cuando la punta brillante del bastón se estrellaba contra su puño.

El bastón salió disparado de las manos de Stel y se deslizó por el suelo del hangar. Davin volvió a caer contra el muro de cajas. Después se dejó resbalar con una expresión de disgusto en la cara.

Milo se lanzó al suelo para coger el bastón eléctrico, pero Stel estaba ya junto a él y el niño notó un pie en su espalda cuando agarró el arma. No podía respirar.

—¡Apártate de él! —gritó Lina, empujando a Stel.

El mercenario se tambaleó hacia atrás y Milo se levantó, blandiendo el bastón. Stel se alejó de ellos levantando las manos.

—Pensad lo que estáis haciendo, chicos —dijo—. No querréis que os encarcelen.

Milo sé lanzó hacia él con la luz azul del bastón iluminando la oscura sala.

—¡Atrás! —le gritó.

Stel retrocedió hacia el laberinto de cajas con los ojos fijos en el chico.

—Baja eso y hablemos —dijo—. No quiero haceros daño.

—No lo escuches, Milo —intervino Lina—. Todo lo que dice es mentira.

Su hermano pasó sobre el cuerpo derrumbado de Davin, manteniendo el bastón alzado.

—Eres un traidor —le dijo a Stel—. Y un asesino. ¿Por qué deberíamos creer lo que dices?

—¡Te di una barra de comida! —gimoteó el joven lastimosamente—. ¡No soy tan malo!

Milo se rio.

—¿Qué quieres? ¿Una medalla?

Podían oír los crujidos a su alrededor, el repiqueteo de pequeñas patas a medida que las arañas se acercaban. Con el rabillo del ojo, Milo vio sus pequeñas siluetas rebuscando entre las cajas derribadas.

Stel se perdió por una esquina, mientras su mirada de pena se convertía en un gruñido de furia.

—Pagaréis por esto —dijo—. Mocosos, os aseguro que lo pagaréis. El Imperio es más grande que vosotros, más grande que yo, más grande que cualquier cosa. Dominarán la galaxia durante miles de años.

—Te equivocas —contestó Milo amenazador—. Caerán, igual que tú.

Stel tropezó y se cayó de espaldas. Las arañas habían estado trabajando duro y el agujero del suelo había duplicado su tamaño, convirtiéndose en una gran boca que se abría en la oscuridad.

El mercenario gritó mientras caía, tratando en vano de agarrarse a los bordes del agujero. Un instante después había desaparecido.

Lina corrió detrás de Milo y vieron cómo las arañas se arremolinaban en la brecha. Se oyó un chillido distante y después silencio.

—Sólo protegen su nido —comentó Milo—. Cuando deje de patalear, lo dejarán en paz.

Volvieron hacia la cabina, usando el bastón eléctrico para iluminar el camino. Milo estuvo a punto de tropezar con el cuerpo de Davin. Se arrodilló junto a él.

—No podemos dejarlo aquí con las arañas —dijo—. No después de todo lo que ha hecho para ayudarnos. Cógelo de los tobillos, yo lo sujetaré por este lado.

Arrastraron a Davin por la puerta de la cabina, tirando y empujando. Ya la habían cerrado cuando oyeron una explosión ensordecedora y el *Festín Móvil* se sacudió violentamente.

La cara de Lina se ensombreció.

—Casi se me olvida —dijo—. Milo, los Bridger están aquí. El Imperio los tiene acorralados. Pero creo que sé cómo podemos ayudarlos.

En la distancia podían ver el pálido planeta azul y el anillo de asteroides rodeándolo. El maltrecho carguero estaba muy próximo, expulsando humo mientras trataba de huir.

La nave imperial iba tras él, disparando con sus armas, al tiempo que se le iba acercando. Se hallaba en mucho mejor estado. Disparó otra ráfaga y ganó velocidad.

Lina se sentó en el asiento del copiloto y activó el panel de armas. Las luces parpadearon a través de la pantalla y Milo oyó cómo los engranajes se movían en algún lugar por encima de ellos.

Entonces vio a CR-8R desplomado e inconsciente en el suelo.

—Oh, no, ¿qué ha pasado? —preguntó con nerviosismo, arrodillado junto al droide.

—Se pondrá bien cuando consigamos una toma de corriente —dijo Lina, concentrada en el panel que tenía delante. Tenía los ojos muy abiertos a causa de la preocupación—. Ahora mismo necesito entender cómo funciona todo esto.

Milo se puso a su lado y observó más de cerca. Lina extendió las manos a 16 largo del panel, deslizándolas de arriba abajo. En el centro de la pantalla, un círculo indicaba el punto de mira. Lina intentó alinearlo con la nave enemiga.

—Un buen disparo —murmuró para sí misma—. Sólo uno para inutilizar sus armas.

—¿Has hecho esto antes? —preguntó Milo.

Ella negó con la cabeza.

—Pero vi cómo lo hacía papá, ¿recuerdas? Cuando aquellos piratas nos atacaron en Chankin.

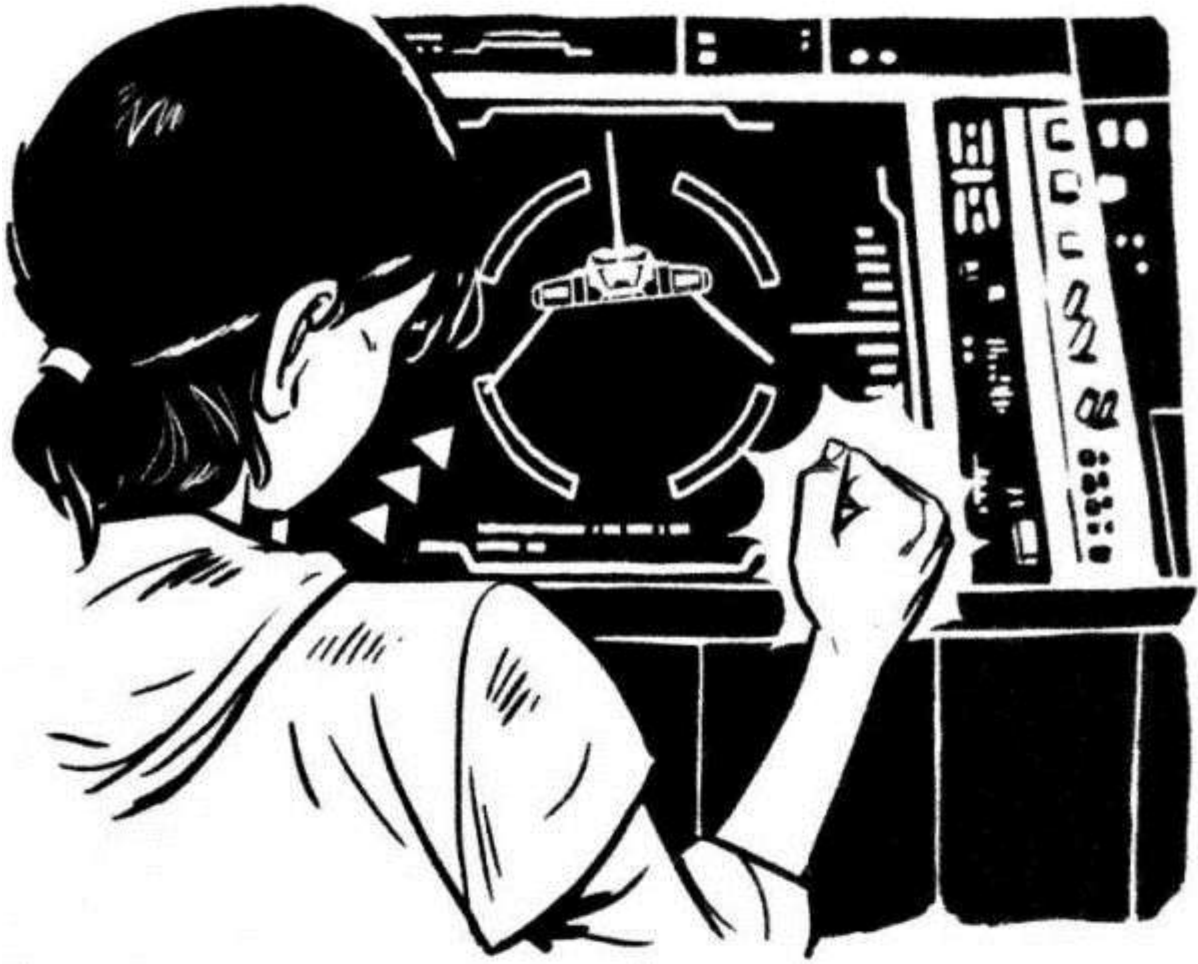
—¡Eso fue hace años! —objetó Milo—. Y puede que los sistemas del *Ave* sean totalmente diferentes. Si el disparo impacta contra la nave equivocada, estamos perdidos.

Lina movió las manos, intentando colocar el círculo del objetivo sobre los motores traseros de la nave imperial. Milo aguantó las respiración, apretando con fuerza el respaldo de la silla. El objetivo entraba y salía del punto de mira. Lina maldijo apretando los dientes.

El carguero comenzó a girar y Milo vio un destello de luz cuando uno de los motores sufrió un cortocircuito y esparció metal ardiendo por el espacio. La nave imperial disparó de nuevo, intentando alcanzar la parte delantera del carguero.

Lina soltó un grito cuando el objetivo quedó centrado y el círculo de la pantalla se volvió rojo. Golpeó un botón del panel con el puño y Milo sintió cómo el *Festín Móvil* se

tambaleaba a su alrededor. Los cañones láser parpadearon, llenándolo todo de un blanco resplandeciente y el niño agarró la mano de su hermana.



Ambos proyectiles impactaron en el centro mismo de la nave imperial, de la que empezaron a brotar llamas. El motor de estribor estalló, llevándose el arma principal con él. La nave comenzó a rodar, escupiendo fuego a medida que se alejaba del carguero.

Lina saltó del asiento y abrazó a Milo tan fuerte como pudo. Por encima de los hombros de ella, Milo vio la nave imperial, con los propulsores ardiendo mientras intentaba enderezarse.

Entonces, a la luz del lejano sol, pudo ver que el viejo carguero giraba y se acercaba a ellos dejando un rastro de humo. Suspiró aliviado y se dejó abrazar.

CAPÍTULO 10

TRANSMISIÓN

Mira Bridger se arrodilló junto a Davin y dirigió una linterna primero a un ojo y después al otro.

—Dos veces sería mala suerte —dijo—. Pero ¿perder la conciencia tres veces? Eso es ser descuidado.

El lasat gruñó irritado, balanceándose en su asiento e intentando enfocar la vista.

—Nos ha salvado la vida —intervino Milo, apoyando una mano en el hombro de Davin—. Así que, por suerte, ha valido la pena.

—Eso es —dijo Ephraim Bridger cruzando el bajo compartimento de carga del *Rayo Estelar*. Sonrió a los niños con ojos brillantes—. Ahora salgamos de aquí antes de que tenga que volver a hacerlo.

Lina alzó la vista cuando la puerta de la cabina se abrió. Por encima de Ephraim pudo ver al *Festín Móvil* a la deriva por el espacio, una masa gris sin vida que se alejaba de ellos. El dañado transporte imperial seguía de cerca la nave de Shade.

Lina se dio una palmada en la frente.

—Me había olvidado por completo —dijo—. ¡La capitana Mondatha sigue encerrada en la despensa de su nave!

—Que se pudra —masculló Davin.

—Estoy segura de que los soldados de asalto la sacarán de ahí —dijo Mira—. Aunque no sé cómo reaccionará el capitán Korda cuando descubra que habéis huido. Y también su preciado Cráter.

El droide estaba apoyado en la pared, enchufado a una toma de corriente cercana. Seguía aturdido, pero la luz comenzaba a intuirse poco a poco en sus ojos dorados.

—¿Quién crees que tendrá más problemas —bromeó Milo—, Stel o Shade?

—Ambos los tendrán si esas arañas acaban su trabajo —opinó Lina—. La verdad es que se lo merecen.

—En realidad no son tan malos —intervino Milo—. Sólo hacían lo mismo que las arañas. Buscar comida y un lugar confortable donde vivir.

Davin se estremeció.

—Yo sólo espero no volver a ver a ninguna de esas criaturas en toda mi vida —dijo, llevándose las garras a la enorme cabeza calva—. En serio, cuando las tenía por todo mi cuerpo, pensé que era el final. Pensé que nunca más… ¡ah!

Soltó un grito mientras saltaba de su asiento, con el pánico pintado en la cara. Del bolsillo de su camisa sobresalían un par de pequeñas patas plateadas. Pero antes de que pudiera reaccionar, la araña había escapado y bajaba por su pierna.

—¡La tengo! —gritó Milo, plantándose delante de la criatura.

Lina saltó a por ella con los dos pies, pero la araña se escapó entre ambos, corriendo desesperadamente.

—Que no se os escape —dijo Mira—. ¡Cuidado, por ahí!

La araña se dio la vuelta, derrapando. Habían quitado un panel para hacer reparaciones y las entrañas de la nave estaban expuestas. Si la araña llegaba lo bastante lejos, Lina sabía que no podrían capturarla y el *Rayo Estelar* acabaría hecho pedazos.

Milo se lanzó a por la criatura, que se escapó de entre sus manos. Lina miró con horror cómo se acercaba cada vez más al panel, preparada para el banquete.



Pero de repente una figura apareció de la nada, saltó sobre la araña y, agarrándola con sus largas garras, se la metió en la boca y se la tragó. Lina vio un par de patas plateadas junto al morro de Morq, el mono-lagarto kovakiano, y un instante después habían desaparecido.

—¡Morq! —gritó Milo lleno de alegría y abriendo los brazos.

El pequeño mono-lagarto corrió hacia él, frotando el pico contra el cuello de su amo.

—¿Por qué no me habíais dicho que estaba a bordo? —le preguntó Milo a Mira.

—No lo sabíamos —admitió ésta—. Se ha debido de colar. Pequeño diablillo.

Milo atrajo a Morq hacia sí. Lina no podía recordar la última vez que había visto a su hermano tan feliz. Tal vez su suerte estuviera empezando a cambiar.



Se volvió hacia Mira, que observaba al chico con ojos amables.

—Gracias por venir a buscarnos —dijo la niña—. Quiero decir, ya sé que también habéis venido por Cráter y lo que hay en su cabeza, pero nos habéis salvado la vida. Nunca podremos devolveros el favor.

Mira negó con la cabeza.

—No tenéis que hacerlo —contestó—. Y no hemos venido por lo que Cráter guarda en su memoria, lo hemos hecho porque nos cae bien. Y también nos caéis bien vosotros. Los rebeldes tenemos que mantenernos unidos, ¿no es así?

—Cierto —dijo Lina.

—Ahora tomad asiento, porque tengo que deciros algo —continuó Mira.

Milo obedeció de inmediato, con Morq posado sobre su hombro, haciendo ruidos de alegría.

—Estamos volviendo a Lothal —prosiguió Mira—. Justo antes de salir de allí, recibimos una transmisión de un amigo con contactos en el Imperio. Cree que puede saber dónde retienen a vuestros padres.

Lina cogió la mano de Milo yabrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras. ¿Sería verdad?

Observó a Mira, que sonreía y asentía lentamente.

—Creo que es un buen comienzo —dijo—. Deberías tener esperanza.

—¡Agarraos bien ahí atrás! —gritó Ephraim desde la cabina—. Estoy a punto de saltar a la velocidad de la luz.

A Lina todavía le temblaban las manos mientras se abrochaba el cinturón. Agarró a Milo tan fuerte como pudo. La nave se tambaleó y notaron la repentina aceleración.

Estaban en camino.

LA AVENTURA CONTINÚA EN
STAR WARS
AVENTURAS EN EL ESPACIO SALVAJE
Sexto libro: EL FRÍO